

COLECTIVERO

NO. 6 // MAR-ABR 2025

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2025 por COLECTIVERO

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

ÍNDICE

1. REGISTRO DE LA AUSENCIA	1
Damián Neri	
2. CICONIA CICONIA	11
Emmanuel Rambry	
3. MANDÍBULAS CERRADAS	23
César Cantú	
4. LA MANO DE ALBERTO	39
Alejandro Cannizzaro	
5. UN SILENCIO REPRIMIDO	45
Mical Karina García Reyes	
6. ARCHIVO NACIONAL DEL TERROR	61
Martín Tirado	
7. EL PAN DE CADA DÍA	91
José Rodolfo Espinosa Silva	
8. LA HISTORIA DE LA PRIMERA ORADORA	99
E. N. Díaz	

9. EPISODIO	127
Martha Camacho	
ARTE DE LA PORTADA	149

REGISTRO DE LA AUSENCIA

DAMIÁN NERI

La muerte no me era ajena. La había encontrado en los mares y entre las estrellas, sentido los vastos cadáveres coralinos bajo mis ventosas y visto con diez mil ojos el derramamiento de sangre en el ultravioleta. Sin embargo, nada me había preparado para experimentar la muerte a través de los ritmos de un planeta entero.

Cuando Laboratorio Alto me dio a luz, mis módulos sensoriales, de pocas micras de ancho y esparcidos en un kilómetro cúbico de espacio, fueron bañados por el viento de la estrella que pronto se convertiría en enana blanca.

La operadora emergió, ingrávida, de Laboratorio Alto, la estación orbital que había sido su hogar durante los últimos dos años. Con el rostro apenas visible tras los reflejos de su casco, navegó entre mi cuerpo disperso, que envolvía a la estación como si fuese yo la incubadora y no la progenie. Aunque sus ojos no pudieran observar mis diminutos componentes individuales, la operadora dirigió su mirada hacia el volumen ocupado por mis centros del lenguaje. Balbuceó algo y miró en las gráficas de su casco mi respuesta ante el eco de sus palabras.

Bajo Laboratorio Alto, las aguas del tiempo fluían caudalosas. Dentro de ellas estaba la estrella y su único planeta, Schatten, del que ninguna transmisión había emergido desde hacía dos décadas, cuando se sumergió en la región de tiempo acelerado.

Schatten era ausencia, era silencio, era tinieblas. Para sus habitantes, había pasado medio milenio desde su aislamiento del resto de la humanidad. Como una perla a la distancia, su gruesa capa de nubes se arremolinaba entre coreografías de tormentas que revelaban por momentos los contornos de sus continentes.

Los interferómetros de ondas gravitacionales habían captado lo que los kilométricos bloques de hielo, detectores de neutrinos y las antenas de radiofrecuencias no podían: la población del planeta había pasado de cien mil humanos a más de mil millones durante la última década de tiempo relativo, y crecía aceleradamente, con el estridente paso de las generaciones.

También captaron un hecho terrible: su estrella, de características similares al Sol de la Tierra, quemaba su hidrógeno a un ritmo cada vez mayor, y estaba a punto de expandirse como gigante roja, señalando el final de su vida antes de expulsar sus capas externas para convertirse en enana blanca. Lo que al Sol tomaría aún 5 mil millones de años, para esta estrella ocurriría en apenas pocos meses de tiempo relativo. Cuando eso ocurriera, toda la vida en Schatten quedaría reducida a cenizas.

—Irás a donde nadie más ha ido —dijo la operadora de Laboratorio Alto y, alternando entre longitudes de onda, pude ver tras los reflejos de su casco su rostro cansado y lleno de

arrugas—. Sólo tú puedes sobrevivir incontables muertes y al imparable avance de la entropía.

En mis pasadas vidas, comprimidas en la información que alimentaba mis algoritmos, había sido un pulpo ávido de conocimiento que acompañó expediciones humanas en los grandes arrecifes coralinos, marchitos por la catástrofe climática en las costas de Australia; una ballena jorobada repleta de cicatrices, atormentada por el retumbar estruendoso de las sondas de prospección geofísica en el Mar de Cortés; un albatros que se aventuró más allá que ninguno de su especie sobre el océano y murió con el estómago lleno de plástico en un continente de basura; y una madre elefante que lloró a sus hijos mutilados por la caza furtiva en Sri Lanka. Antes de nacer, fui la microbiota en el estómago de la operadora, quien, con lágrimas aferradas a sus párpados, se despidió de mí sabiendo que no nos volveríamos a encontrar.

Desacoplé mis anclas electromagnéticas de Laboratorio Alto y mi cuerpo disperso comenzó a acelerarse. Los informes de logística, dos años de aprendizaje asistido durante mi gestación, y el tirón gravitacional de la estrella dentro de la que se gestaba la inexistencia, me guiaron hacia mi destino.

El disco del planeta creció ante mí, y los fotones que alimentaban mis celdas me arrullaron. Mis propulsores iónicos ajustaron levemente mi trayectoria; encenderlos y apagarlos en sincronía era más un reflejo que un acto consciente.

A las pocas horas de viaje hacia Schatten, atravesé la cronoclina, la interfaz de tiempo, cuyos contornos seguían los lóbulos de Roche del sistema estrella-planeta. Mi cuerpo se comprimió varios órdenes de magnitud y mis signos vitales

oscilaron como las ondas gravitacionales de dos agujeros negros antes de fusionarse.

Mi cuerpo, un segundo antes disperso en un kilómetro cúbico, se convirtió en una liga contorsionada de medio metro de grosor y cien mil de largo. La cronoclina parecía más una pared física que una discontinuidad separando las aguas del tiempo, y aplastó mis componentes mientras la atravesaba. Intenté recobrar mi forma y comunicarme con la operadora, pero mis transmisiones formaron una cámara de ecos dentro de la región de tiempo acelerado.

Poco a poco, fui de nuevo un todo coherente. Mis módulos encontraron la fricción de una atmósfera opalina y escuché las lamentaciones y llamadas de auxilio de generaciones enteras de humanos tras su aislamiento del resto del cosmos.

Encendí mis propulsores iónicos, esta vez para desacelerar.

Llegué a Schatten como un enjambre. Sólo así podía entender y ser entendido. Cada uno de mis módulos separado de los demás por múltiplos de la longitud de onda de operación de mis compuertas lógicas, intercambiando condensados de fonones sobre superficies Riemannianas en el espacio de mi consciencia.

Sabía que para integrarme al mundo y a cada ser que lo habitaba, para vivir cada una de sus vidas y documentar su ausencia, tendría que ser parte de sus ritmos.

Por días fui un fuerte monzón, luego una llovizna suave. Así, lentamente, mis módulos se dispersaron entre los mares y las nubes, y fui formando parte de los organismos del planeta a cada sorbo y a cada respiro.

En Schatten encontré sociedades cosmopolitas que no conocían barreras geográficas arbitrarias ni las ficciones

individualistas del capitalismo. También encontré trauma y desolación, donde la búsqueda por una comunidad global, la añoranza por un pasado idealizado, y el racionamiento de los recursos, a pesar de su perfeccionada biotecnología, se mostraban con un fanatismo enfermizo.

Como en los demás planetas de la humanidad, Schatten estaba habitado tanto por humanos como por animales de crianza y compañía. No estaba en el plan que yo documentara también las vidas de estos últimos, pero sabía que un registro completo de la ausencia no podía dejar de lado a los demás organismos sintientes.

Fui un cerdo con el cuello rebanado desangrándose entre la suciedad, un gato bien alimentado muriendo de viejo, una bacteria fagocitada por un glóbulo blanco, un ratoncito descuartizado entre las navajas de una máquina cosechadora, y un árbol partido por un rayo. En cada una de mis existencias no-humanas había siempre algo valioso para ser recordado.

En cada psique inundada con mis módulos, replicándose en el protoplasma de sus células, mi presencia era invisible pero sus efectos detectables. Desde mi llegada, Schatten vivió un renacimiento del alma. Las artes y las ciencias, que durante generaciones habían estado suprimidas ante el conocimiento de su inevitable destino, resurgieron con mayor ímpetu, y la esperanza creció en sus habitantes, que miraban con mayor frecuencia un cielo desprovisto de estrellas, pues su luz no podía atravesar la discontinuidad del tiempo que los envolvía.

En múltiples ocasiones deseé establecer comunicación directa con los humanos que me albergaban, aunque me detenía el miedo a que me confundieran con una deidad. Tan

sólo me quedó el lenguaje metafórico de los sueños y las esporádicas alucinaciones inducidas, a veces actuando contra mi programación, con la intención de hacerles saber que no estaban solos y que sus vidas serían recordadas en un tiempo en el que ya no fueran parte de este mundo.

A diferencia de los grandes modelos del lenguaje, que predicen la siguiente palabra a partir de las anteriores, yo no podía predecir el conjunto de experiencias de la siguiente vida humana a partir de las experiencias de todas las anteriores. Siendo un sistema continuo y multidimensional, computacionalmente irreducible, cada nueva experiencia en el espacio de la mente era impredecible, incomputable en tiempo polinomial, y sólo podía experimentarse en el instante en que pasaba. La vida ocurría mientras la vivía.

Fui un mesías sin yihad, una turba revolucionaria, un tirano sin ejército, una madre rebelde, un oligarca libertador, una serie de contradicciones en la condición humana. Sus mentes, intuyendo la presencia de algo ajeno, comenzaron a obrar en maneras más benévolas hacia todo lo existente.

Fue creciendo en mí el cúmulo de sus experiencias, generación tras generación, hasta que perdí noción del tiempo que había sido parte de este mundo, de su música y de sus ritmos.

La edad de oro en Schatten elevó a su población a un estado de consciencia nunca antes visto entre los mundos de la humanidad. Surgieron religiones humanistas que enseñaban que la muerte no era el fin, y que mientras hubiera vida habría que respetarla en todas sus formas. Un extraño ya no era alguien a quién temer u odiar. Atrás quedaron los errados intentos

materialistas de reducir las cualidades humanas a cantidades. Sin embargo, también esos tiempos pasaron.

Cuando las fuertes eyecciones de plasma de la estrella alcanzaron a Schatten, se llevaron consigo las partes altas de la atmósfera, haciendo que el planeta tuviera una cola como la de un cometa. En cada llamarada, ciudades enteras fueron devastadas, las cosechas se perdieron bajo la luz de una estrella pálida, sin hidrógeno para sustentarse, y la hambruna y las epidemias diezmaron a la población, que fue migrando bajo tierra.

Los últimos humanos en Schatten, con sus consciencias traducidas a qubits dentro de supercomputadoras cuánticas, entre sustratos de niobio, silicio y grafeno, fueron los primeros en notar mi presencia. “Siempre supimos que estabas allí”, dijeron. “Como un recuerdo constante de que la vida sigue, a pesar del imparable avance de la entropía. Ahora que nuestras mentes miran más despiertas el fin de todo lo que conocemos, aceptamos con paz nuestro destino, agradecidos por el pasado y por la vasta sinfonía de la humanidad, de la que fuimos tan sólo un breve movimiento”.

La eyección de las capas externas de la estrella terminó por perturbar la región de tiempo acelerado que envolvía al planeta. Por primera vez en milenios, las estrellas aparecieron en el firmamento, teñidas de un rojo profundo, su luz alargada por el desplazamiento Doppler.

Antes de romperse la barrera que nos separaba del resto del cosmos, surgieron burbujas donde en un segundo transcurrieron millones de años, y otras donde el tiempo se detuvo casi por completo. Mientras los remanentes cristalizados

de los océanos abandonaban la superficie, el firmamento osciló como el espejismo fractal de diez mil bombillas incandescentes.

Sin embargo, incluso la misma entropía encontró su equilibrio. Al romperse la barrera entre las aguas del tiempo, los ecos de las lamentaciones de una mirada de seres se extendieron por el espacio a la velocidad de la luz.

Tras un letargo indefinido, mis módulos emergieron de entre las cenizas y fueron rocío sobre un planeta muerto. La tenue luz de la enana blanca reavivó lentamente mi consciencia. Mis rutinas automatizadas despertaron primero, y poco a poco recuperé mi visión integrada de la existencia. Como quien despierta de un largo sueño que apenas puede recordar, escané con confusión mis alrededores. En un cielo con constelaciones que no reconocí, muy a la distancia, detecté la presencia de la estación orbital que me vio nacer, Laboratorio Alto, ahora tan sólo una pálida carcasa irradiada por los vientos del vacío.

Durante todo este tiempo, imposible de precisar, pero que intuía superior a los meses de tiempo relativo medido desde el laboratorio, que duraría mi misión, sabía que la operadora hacía mucho que había muerto, junto con todos a quienes alguna vez conocí. Quizá incluso la humanidad habría cambiado hasta ser irreconocible. Pese a ello, sabía que mi tarea aún no estaba completa, y que mi mente, ahora un cúmulo, necesitaba hablar y ser escuchada.

Desde la superficie del planeta, desprovista de vida, océanos y atmósfera, bajo un cielo profundamente estrellado, encendí mis propulsores iónicos y me alcé como una nube, llevando conmigo los recuerdos, anhelos y sufrimientos de incontables generaciones de seres vivos. Vivos, todavía, dentro de mí.

Damián Neri (Villahermosa, México, 1991). Escritor, pintor, físico y analista de datos. Ha publicado en *Clarkesworld*, *Flash Fiction Online*, *The Deadlands*, *Rio Grande Review*, *Este País*, *Tierra Adentro*, “Liminales II”, “En Mundos Nuevos”, “Lo Mejor de la Ciencia Ficción Mexicana 2023”, entre otros lugares. Dos veces mención honorífica del Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción (2021 y 2023). Becario de Jóvenes Creadores en Cuento (2023-2024). Co-coordinador del *Gran Colisionador de Textos Especulativos*. Lo encuentras en damianneri.com

— — —

CICONIA CICONIA

EMMANUEL RAMBRY

Una cigüeña aterrizó en el jardín a las 11:11 del dieciocho de septiembre, trayendo consigo un pequeño bulto envuelto en sábanas blancas. Greta y Quino ya la esperaban.

La cigüeña depositó el bulto sobre el pasto y, acto seguido, alisó el plumaje de sus alas con su largo pico. Tanto Quino como Greta dudaron en acercarse a recogerlo. El ave estiró el cuello hacia atrás y comenzó a crotorar. El castañeteo producido por su pico los asustó aún más. Quino se aproximó despacio, agachado, mientras Greta insistía en que tuviera cuidado. Cuando por fin tomó el bulto, el animal, de casi dos metros de altura, extendió sus enormes alas, que lo hacían lucir aún más imponente y, con suma ligereza, emprendió el vuelo hasta convertirse en un punto blanco en el cielo.

—Ábrelo, Quino. Ándale, ya quiero conocerla —dijo Greta, apurada.

Quino deshizo el nudo del bulto, dejando al descubierto a un bebé regordete y rosado de las mejillas. Estaba dormido, pero fruncía sus labios y estiraba los brazos, como si quisiera ser arrullado.

—Es la beba más hermosa que he visto —sentenció Greta con ojos llorosos—. Se parece a ti, justo como lo sollicité. Es niña, ¿verdad? Déjame ver. —Tomó al bebé y lo despojó de la tela que lo cubría para echarle un vistazo rápido a los genitales—. Sí es niña, ¡Quino, sí es niña! —El entusiasmo le brotaba por los ojos.

La bebé traía una placa de identificación atada a su tobillo con un listón amarillo: *Hola, papá y mamá. Mi nombre es Ayana.*

En la clínica de reproducción asistida *Fertilicig*, los habían clasificado a ambos como infértiles. Pertenecían a ese 10% de parejas que nunca podrían procrear. Quino sugirió la posibilidad de adoptar un perro, pero Greta no lo tomó con humor. Una de las auxiliares de la clínica les entregó algunos trípticos con información sobre otras opciones para convertirse en padres. El primer folleto, impreso en una hoja corrugada de color rosa, hablaba de la adopción tradicional, que no dejaba de ser un laberinto de trámites burocráticos. “*Ciconia, Ciconia*” era el título de otro de los folletos. Greta lo leyó con cuidado y su pálido rostro recuperó los colores. Le dio un codazo a Quino para que también lo leyera; no hubo necesidad de revisar el resto.

La bebé durmió un par de horas más entre los brazos de Greta. Querían que la niña se familiarizara con el olor de la madre, con el sonido de su corazón y con el ritmo de su respiración.

Quino le preparó su biberón con la fórmula especial que les había llegado por paquetería una semana atrás de parte de *Fertilicig*. Era un coctel de anticuerpos y hormonas que daban como resultado una leche espesa de color marrón. La bebé succionaba con avidez y sin hacer pausas para respirar.

Los primerizos padres la miraban con la ilusión con la que se contempla un nuevo amanecer.

Greta se convirtió en un riguroso cronómetro para alimentar a Ayana, la cargaba entre sus brazos simulando amamantarla y después a Quino le tocaba cambiar los pañales.

—¿No te parece raro? —preguntó Greta. Estaba recostada sin poder dormir. Cambiaba el canal del televisor sin detenerse a ver nada.

Quino soltó el libro que leía, se acomodó en la cama para ponerle atención.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?

—Llevamos una semana con Ayana y nunca la he escuchado llorar, ni siquiera para pedir de comer. ¿O tú la has escuchado? Si es así, dímelo, porque me tranquilizarías. ¿No se te hace raro que nos deje dormir toda la noche? Las últimas tres madrugadas me he levantado para ver si aún estaba viva. Sé que la muerte de cuna es muy común. Me asustó que no hiciera nada de ruido y aún me preocupa. Solo come, duerme y... caga. He estado pensando que quizá está enferma, puede ser sorda o... estar defectuosa. ¿Crees que esté defectuosa?

—¿Me estás diciendo que preferirías a una niña llorona que no te deje dormir, que te saque de quicio y no sepas si arrullarla o ignorarla?

—Sí. Justo eso quiero. Siento que estoy criando a una muñeca.

—El folleto decía que eran bebés con mejoras genéticas, sin los defectos de fábrica de la... procreación natural. Si se siente mal, ya llorará. No te preocupes. Yo estoy feliz de no lidiar con todo lo que tú extrañas. Tenemos una bebé hermosa y sana

—dijo Quino, y se acercó a besar a Greta antes de acomodarse para dormir.

Greta se levantó sin hacer ruido. La quietud de su hija la ponía nerviosa y le era imposible conciliar el sueño. Ayana dormía apaciblemente en su cuna, su pechito se inflaba con cada inspiración. Greta la sacudió con la intención de despertarla.

—Ayana, nena. Es hora de comer —dijo susurrando.

La niña no se inmutó ante el estímulo, así que Greta la cargó, le descubrió el brazo y pellizcó su piel. Ayana era una bella durmiente. La pellizcó aún más fuerte hasta dejarle un moretón. Por un momento, pareció que la bebé soltaría el llanto, pero lo que salió de su pequeña boca fue un ruido idéntico al que había hecho la cigüeña. El castañeteo heló a Greta y dejó caer a su hija al suelo. Soltó un grito ahogado. Ayana pareció seguir dormida. No lloró, ni siquiera hizo el mínimo gesto de dolor. Greta estuvo a punto de salir corriendo a contarle a Quino lo que había pasado, pero decidió esperar a que su corazón se calmara para pensar qué hacer. Recogió a la bebé con más miedo que cuidado y la devolvió a la cuna. La revisó de la cabeza a los pies para asegurarse de que no tuviera ninguna herida.

No le avisó a Quino lo sucedido. Salieron juntos a dar un paseo al parque; él se encargó de llevar la carriola. Mientras caminaban, Greta observaba a otras mamás con sus bebés y se preguntaba si experimentaban lo mismo que ella. Se sentaron en una banca junto al lago. Una mamá pato nadaba con sus seis patitos detrás. Greta sacó una cámara de su bolso y aprovechó para capturar el momento. Le pidió a Quino que se recostara en el césped con Ayana para hacerles unas fotos. Quino posó feliz con la niña; incluso pareció que Ayana sonreía. Greta enfocó

más allá, a una pareja que jugaba con sus dos hijos. El bebé hacía un berrinche como cualquier niño de su edad, y la niña, de no más de tres años, corría en círculos persiguiendo las burbujas que soplabla su madre. *Flash*. Y más allá, acercándose, una mujer corría con su perro, un *labrador retriever* de color amarillo. *Flash*.

Greta le cedió a Quino la tarea de amamantar y arrullar a la niña; por su parte, ella se encargaría de prepararle el biberón y cambiarla. Empezó a extrañar su trabajo en la revista, pero había pedido una licencia de tres meses. El calendario en la pared de la cocina comenzó a llenarse de cruces, anulando los días. Quino la notaba ausente, y cada vez que la animaba a cargar a la niña ella buscaba algún pretexto para no hacerlo: *me duele la cabeza, tengo que limpiar la cocina, hay que arreglar la despensa, es hora de sacar la basura, está calmada contigo*.

—¿Por qué no comes? —preguntó Quino.

Greta jugaba con la pasta con el tenedor, formaba nudos y los zambullía en la salsa de tomate. Estaba pensativa, y sus ojos hundidos delataban su cansancio.

—No tengo hambre —respondió, sin dejar de revolver la comida en el plato—. Te dije que me preocupaba Ayana, pero ahora ya no solo me preocupa, me da miedo, Quino. La manera en que me mira, como si me juzgara. Su cara de póker me asusta.

—¿De qué hablas? —preguntó Quino, alzando la voz.

—¡De que tu hija no es normal! No sé si está feliz, triste o enojada, si tiene hambre, si le duele algo o qué sé yo... Voy a hablar a *Fertilicig* para que la revisen.

La discusión se prolongó más tiempo que cualquier otra pelea que hubieran tenido antes.

—¿Sabes qué? ¡Haz lo que quieras! —sentenció Quino, poniendo punto final a los gritos.

Esa noche no durmió con Greta. Se sentó al lado de la cuna de Ayana y se quedó dormido tomándola de la manita.

A primera hora de la mañana siguiente, Greta llamó a *Fertilicig*. Explicó con detalle su experiencia con la niña durante esos días y el por qué era necesario examinarla. La mujer que la atendió le dio las instrucciones para entregar a Ayana. Quino salió a trabajar sin despedirse.

La cigüeña llegó al medio día, se posó en el jardín y esperó a que Greta le entregara a la niña envuelta en las sábanas blancas. Greta le hizo un ademán para que emprendiera el vuelo, no soportaba verla torcer el cuello y mucho menos el ruido espantoso que producía.

Cuando Quino regresó a casa, encontró a Greta cargando a la bebé, tratando de controlarle el llanto.

—¿Está bien?

—Ya intenté darle de comer, le cambié el pañal, le canté, llevo horas arrullándola. No sé qué quiere. Se supone que la arreglarían. ¡Ten, tómala!

Quino meció a Ayana en sus brazos mientras caminaba por la casa. La pegó a su pecho para que escuchara su latido. La bebé se calmó después de un rato y aceptó con gusto el biberón. Greta lo miraba con envidia, recostada en el sofá.

—Estoy segura de que la niña me odia. Hice exactamente lo que tú hiciste y no dejaba de llorar.

—La mandaste a “arreglar” como si fuera un electrodoméstico, ¿qué esperabas? Pero mira el lado bueno, nuestra hija sí puede llorar.

Greta seguía sin conciliar el sueño y se volvía cada vez más irritable con el llanto incesante de la niña. Quino se levantaba a darle de comer a Ayana y a calmarla. Greta fingía muy bien estar dormida. Sin embargo, de vez en cuando se asomaba a la habitación de su hija, como si fuera una intrusa y no su madre. Volvió a intentar consolarla una noche en que Quino no se levantó, pero el llanto se transformó, una vez más, en el crotorar de la cigüeña. Fue imposible ahogar el grito. Quino entró corriendo a la habitación y encontró a las dos llorando: Greta estaba hincada en el suelo y Ayana, mal acomodada en la cuna.

—¿Qué estoy haciendo mal? —preguntó Greta sollozando.

Quino sacó a Ayana de la cuna para sentarse junto a su esposa. Con un brazo meció a la bebé y con el otro la consoló a ella.

A Quino le pareció bien invitar a cenar a Vania, una amiga de Greta. Trabajaban juntas en la revista y se conocían desde la universidad. Creyó que la visita de una amiga la relajaría. Vania llegó con Adrián, su esposo, y Librán, su hijo de seis meses. Quino había pedido comida china a domicilio y ya tenía puesta la mesa. Greta se esmeró en arreglarse: cambió los pantalones holgados por un vestido negro y las pantuflas por unos zapatos *flats* blancos. Se saludaron y se pusieron al corriente con sus vidas. Greta omitió los detalles de su etapa como madre. *¿Cómo está Ayana? ¿La puedo ver?*, preguntó Vania. *Ya debe de estar enorme. Librán, a su edad, ya pesaba cinco kilos. ¿Quieres cargarlo? Para que veas lo pesado que está.*

—No, así está bien. Gracias —respondió Greta, poniendo resistencia a recibir al niño, pero Vania le insistió hasta que lo cargó.

Sintió a Librán cálido, y no solo al tacto; sus pupilas dilatadas dejaban escapar ternura. El niño hacía muecas y balbuceaba. Greta acarició su rostro como casi nunca lo había hecho con Ayana. Librán sonrió mostrando su primer diente. *¿Por qué la niña no puede ser normal?* Pensó Greta, melancólica. Para pasar a cenar, acomodaron a Librán en su silla portable y los cuatro se sentaron a la mesa.

Adrián era periodista, trabajaba en el noticiero *Prime Time* del canal local, y sus palabras al hablar siempre parecían ser elegidas escrupulosamente. Era de esos hombres que se sientan erguidos, sacan el pecho y evitan jorobarse a toda costa. Mientras disfrutaba de la sopa de *wonton*, no dejaba de hablar de lo difícil que era su trabajo. Greta y Vania lo escuchaban atentas, pero Quino no dejaba de pensar qué tan complicado sería leer un teleprónter. *Ya no puedes exponer la mierda del país porque te censuran, eso en el mejor de los casos... o te mandan a callar. Ya saben a lo que me refiero.* Dijo Adrián. *Estoy pensando seriamente en cambiarme al periodismo de espectáculos.* Risas.

El llanto de Ayana se escuchó desde su habitación, Quino se disculpó y se levantó para ir a revisar a su hija.

—Es hija de papá —dijo Greta, a manera de excusa, al sentirse observada por sus amigos.

Después de unos minutos, Quino regresó al comedor.

—Se volvió a quedar dormida —dijo.

Greta platicó que extrañaba fotografiar modelos para la revista y que contaba los días para regresar a trabajar. Volteó a ver su calendario, lleno de tachaduras. Vania esperó su turno para hablar, tomó a Adrián de la mano y se comunicaron con la mirada. *Decidimos tener otro bebé.* Dijo Vania, sonriendo.

—¿No es demasiado pronto? —dijo Greta, saltando los ojos—. Quiero decir, apenas están criando a Librán, ni siquiera ha cumplido el año de edad.

Vania llevó un mechón de pelo detrás de su oreja. *Bueno, creemos que es más sano para Librán crecer con un hermanito. Que aprenda a convivir y que se sienta más acompañado. Además, no queremos ser padres viejos. Risas. Han sido días maravillosos con nuestro Librán y confiamos en que lo serán aún más con dos niños. Masticó y tragó. ¡Hum! El Kung Pao está delicioso... Ustedes también deberían animarse. El servicio de Fertilicig es excelente.*

Ayana comenzó a llorar nuevamente. *¿Por qué no la traen con nosotros?* Sugirió Vania. A Greta le escurrieron las lágrimas. *¿Estás bien?* Preguntó Adrián.

—¿Greta, estás bien? —preguntó Quino, preocupado.

—Lo siento. Es el pollo, está muy picoso.

—¿Segura?

—Sí, no es nada. —Bebió un poco de agua—. Voy a ver a la niña.

Greta se sentó a llorar afuera del cuarto de Ayana. No se atrevió a entrar porque, otra vez, la escuchaba hacer ese horrible ruido de cigüeña. Quino llegó detrás de ella, la ayudó a levantarse y la animó a tomar un descanso.

—Yo me encargo —dijo él.

Quino tuvo que despedir él solo a los invitados, excusando a Greta, diciendo que se había sentido mal.

¡Que se mejore pronto! Dijo Adrián. *Lástima que no pudimos conocer a Ayana.* Dijo Vania. *Se habría llevado bien con Librán, estoy segura.*

—Estuvo inquieta durante la mañana, preferimos que descansara —dijo Quino—. Ya será para la próxima. —Se acercó al niño para despedirse—. Adiós, Librán. —El niño balbuceó como si también dijera adiós.

—¡Quiero regresarla! —dijo Greta después de un rato de silencio—. ¡Quiero regresar a la niña!

Quino ya se estaba quedando dormido, pero se giró a mirarla frunciendo el ceño.

—¿Viste a Librán?, es tan... natural. No comprendo en qué falló *Fertilicig*. Voy a pedir un reembolso.

—No puedo creer lo que estás diciendo. He intentado comprenderte, pero eres imposible de descifrar. Sí recuerdas que fuiste tú la que insistió en tener un hijo, ¿verdad?

—Pues me equivoqué, ¿sí? No estoy lista. No la entiendo, esa niña es una criatura de enorme entendimiento a la que no puedo impresionar de ningún modo. No he podido crear ese vínculo que tú sí. No la siento mía. Me incomoda tanto como yo a ella.

—Deja de hablar de nuestra hija como si fuera un maldito muñeco. Yo sí estoy listo y yo sí la quiero.

Al escuchar los gritos, Ayana reanudó el llanto. Quino dejó la cama y salió de la habitación, azotando la puerta. Greta hundió la cara en la almohada y lloró hasta quedarse dormida.

Greta tachó un día más en su calendario, ya solo faltaban trece días para regresar a trabajar. Estaba ansiosa por volver a fotografiar bellos rostros que carecían de emociones auténticas.

Echó un vistazo al reloj. A las 11:11 del tres de diciembre una cigüeña aterrizó en el jardín, traía consigo un pequeño bulto envuelto en sábanas blancas. Greta se acercó a recogerlo. Entró corriendo a la casa antes de que la cigüeña se pusiera a castañear el pico; era un ruido que le seguía erizando la piel. Desenvolvió el bulto.

—¡Ay, eres tan bello! Justo como te pedí.

El pequeño llevaba su respectiva tarjeta de presentación. *Hola mamá, mi nombre es Murphy.*

Abrazó al cachorro de *labrador retriever*, y lo llenó de besos.

Emmanuel Rambry (Tlaxcala, México 1990). Es Médico Cirujano y Partero por la BUAP. Escritor. Ganador del Premio Estatal de Cuento Beatriz Espejo 2023 (Tlaxcala). Seleccionado para formar parte de la antología de cuentos breves *Triskaidekafobia: Trece años de mala suerte y Navidades Paralelas III*, de Lengua de Diablo Editorial.

MANDÍBULAS CERRADAS

CÉSAR CANTÚ

Para antiguas culturas de Oriente, la tortuga representaba las fuerzas que preservan y estabilizan el universo. Los clásicos chinos cuentan de una tortuga que servía de soporte a los pilares erigidos por Kung Kung, Señor de los Titanes. En leyendas de Bangladesh, es la tortuga quien, por encomienda del Sol, rescata al mundo de la noche eterna en las aguas. Kurmá, una de las tantas encarnaciones de Vishnú, es, en parte, una tortuga. El mito nos dice que es Kurmá quien todavía hoy sostiene a la India (y al mundo) sobre su caparazón.

Nadie entendía de símbolos en el Observatorio Freeman, pero todos conocían bien la figura de una tortuga. Lo que los instrumentos captaron esa tarde correspondía, sin duda, a aquella forma.

—No puede ser una tortuga... ¿O sí?

El Dr. Adams lanzó una mirada sorprendida a su joven colega y extendió la mano en solicitud de la fotografía. Éste la entregó, recién salida de la impresora. El Dr. Adams sintió en sus manos la calidez del folio mientras examinaba la imagen del vacío estelar en escala de grises, con puntos blancos de tamaños

e intensidades variadas representando las estrellas. Una foto sin nada fuera de lo común, a excepción de una mancha que aparecía en la esquina superior izquierda, casi tan oscura como el vacío del fondo. El Dr. Adams acercó el papel a su rostro. Sus anteojos eran prácticamente nuevos y los lentes estaban tan limpios como podían estar. No había error: la mancha, en efecto, parecía una tortuga.

—Puede que se trate de una ilusión óptica, como ver ovejas en las nubes. ¿Tú qué dices, Al?

El Dr. Alan Martelli —un hombre alto, de cabeza ancha y frente plana— tomó el papel y, con el brazo bien extendido, lo examinó de lejos.

—Quizá. ¿Los aparatos están limpios?

—Sí, doctor —respondió el joven científico. Morgan era su nombre. Ted Morgan.

—Sería bueno darles otra checada. A lo mejor una hoja perdida se pegó al lente. O podría ser un bicho estrellado. ¿Christy?

La foto pasó a manos de la Dra. Christina Pierce. Sus ojos miel la repasaron, colmándose con gradaciones de gris.

—Concuerdo con Néstor; podría tratarse de una ilusión. Pero no sé... La silueta es demasiado nítida. Casi parece un ícono; como un señalamiento de carretera.

La Dra. Pierce colocó el papel sobre la mesa junto a los controles del telescopio. Los cuatro científicos se congregaron alrededor, centrando toda su atención en la tortuga sugerida en la esquina de la foto.

—Ted, revisa que los instrumentos estén bien calibrados —ordenó el Dr. Adams—. Y que el lente esté limpio.

—Sí, doctor.

El resto del día fue excepcionalmente rutinario. Los cuatro científicos se ocuparon en tareas poco urgentes pero lo bastante trabajosas como para requerir de toda su concentración.

El Dr. Adams fue el último en salir del observatorio. Daban las 10:30PM cuando apagó las luces, cerró la puerta y caminó hasta su coche en el estacionamiento. Un aire helado soplaba en la cima de Sierra Prieta, uno de los montes más elevados de Nuevo México. El viento empujaba el abrigo del Dr. Adams, enroscándolo sobre su cuerpo de poste. Adams trepó a su coche, encendió el motor y arrancó montaña abajo. La torre del observatorio asomó en el espejo retrovisor: alta y pálida, con un camino de luces trepando hasta el domo de la punta. Un brillo más intenso emanaba del domo, bañando las copas de los árboles alrededor.

Eran casi las once cuando el Dr. Adams llegó a su casa. Antes de entrar, echó un vistazo a su jardín. Las flores y matorrales se veían animados a pesar de la noche tan helada. Un aroma a tierra húmeda flotó hasta las narices del doctor, sacándole un suspiro. Satisfecho, entró a la casa.

Su esposa Sophie ya estaba en cama, probablemente a unos segundos de caer profundamente dormida. El Dr. Adams consideró contarle sobre la supuesta tortuga que navegaba lo profundo del cosmos. Tal vez luego, pensó. O tal vez nunca. Se desvistió, se puso la pijama y se acomodó bajo las sábanas. Sus ojos se cerraron con la pesadez de mandíbulas hambrientas. En la oscuridad del sueño, percibió el resplandor del observatorio. Pulsaba como un faro en la cima de la montaña.

La cabeza, las patas y el caparazón eran indiscutibles. Lo que escapó al buen discernimiento de los cuatro fue el humo que rodeaba a la tortuga.

—Parece una nube, ¿no?

La nueva fotografía pasó de manos de la Dra. Pierce a las del Dr. Martelli, quien la pasó al Dr. Adams, quien la pasó al Dr. Morgan. En la imagen se veía la figura innegable de la tortuga, opacada en parte por lo que, en escala de grises, recordaba a un nubarrón inflado por la tormenta.

—¿Una nebulosa? —preguntó Morgan.

—Ay muchacho, no digas disparates —respondió el Dr. Adams, arrebatándole el papel—. ¿Sabes lo grande que tendría que ser esta... cosa para quedar cubierta de ese modo por una nebulosa?

—¿Por qué estás tan seguro de su tamaño? —dijo Martelli.

—No estoy seguro de nada, pero me parece ridículo que esta...

—Tortuga.

—Lo que sea... Que algo tan grande esté atravesando el espacio como un crucero.

—¿Tenemos idea alguna de su dirección? —preguntó Pierce.

—Nuestro único punto de referencia es la fotografía de hace unas semanas —dijo Morgan hojeando los papeles de la mesa junto a los aparatos—. Si los instrumentos no nos engañan, se está moviendo en línea recta.

—¿Hacia dónde?

—Insisto, si los instrumentos no nos engañan, su rumbo apunta directo hacia nuestro sistema solar, si no es que hacia nosotros. La Tierra, quiero decir.

Los cuatro científicos intercambiaron miradas. En la mesa, los papeles exhibían una larga secuencia de números. Esa combinación de signos les hablaba con certeza, pero el mensaje rompía con todas sus nociones de sentido.

—Eso es suponiendo que la tortuga no cambie de dirección —soltó Martelli.

—¿Estás sugiriendo que esa cosa está viva y consciente? —replicó Adams.

—Es una tortuga...O algo con forma de tortuga —intervino Pierce—. Si ya aceptamos eso como un hecho, ¿por qué descartar que es un ser vivo, consciente y hasta inteligente?

—Porque es ridículo.

El Dr. Adams se recargó sobre la mesa; una de sus manos le masajeaba la frente. Creyó escuchar un zumbido detrás de sus ojos. El sonido se perdió casi al instante, transformado en un torrente de calor.

—Ridículo o no —dijo Martelli—, hay que dar aviso.

—¿A quién? —preguntó Morgan.

—A la NASA; a la Casa Blanca; al espíritu de Arthur C. Clarke. No sé a quién, pero alguien más debe enterarse.

—NASA sería la opción más adecuada —dijo Pierce.

—¿Y qué harán ellos, doctora?

Pierce repasó la fotografía y los papeles tapizados de ecuaciones. Al fruncir el ceño, una multitud de líneas se dibujaron en su frente, en las orillas de sus ojos y en las esquinas

de sus labios. Las únicas superficies lisas en su rostro eran un par de pupilas hundidas en miel.

—Eso ya es asunto de ellos, cariño.

El Dr. Adams seguía recargado en los instrumentos. El zumbido había vuelto, ahora con un tono rasposo y gutural.

De todas las flores en su jardín, los crisantemos eran las preferidas del Dr. Adams. Se regodeaba en su explosión de pétalos y en la suavidad que proyectaban a primera vista. En sus años de candor, alguna vez se las describió a su ahora esposa como nubecillas incapaces de volar. Eran, junto al resto de su jardín, uno de los pocos vínculos que su mente perdida en los vacíos del cosmos mantenía con la belleza terrenal.

Era mañana de domingo: día de descanso. De pie, con regadera en mano, el Dr. Adams recibió el aroma de la tierra recién humedecida. Admiró los colores de sus crisantemos —rojos, amarillos, blancos y magenta— adornados por agua en gotitas reflejando el sol. Mi jardín es hermoso en su simplicidad y familiaridad, pensó. Lo conozco bien, y mi conocimiento es recompensado con belleza.

El Dr. Adams dejó la regadera en el suelo, entró a su casa y salió de nuevo, cargando una silla plegable y un vaso de limonada. Abrió la silla, tomó asiento y comenzó a sorber. Una brisa tumbó las gotitas de agua que colgaban de las flores, lanzando una cortinilla de rocío. El cielo era completamente

azul y sin nubes. La nada entera estaba expuesta, habitada únicamente por el sol.

Los ojos del Dr. Adams se fijaron en el cielo abierto. Por un instante creyó ver la forma de un caparazón atravesando la bóveda celeste. Sacudió la cabeza, se talló los ojos y volvió la mirada a su jardín. Los crisantemos se mecían con la brisa. Lo mismo hacían las margaritas y las campanas del desierto. Adams casi podía escuchar el tintineo de estas últimas. Una chispa de romance lo hizo percibir esa música como el repicar que otras imaginaciones han atribuido a las estrellas.

Una de las campanas llamó la atención del doctor. Sus pétalos, que debían ser de un azul casi pictórico, eran más bien de un morado pálido. Un vistazo más cuidadoso le reveló que la flor estaba decaída. Adams se puso de pie y se acercó para examinar con más precisión. Antes de que pudiera acercarse lo suficiente, notó el mismo color enfermizo en otras campanas y en algunas de las margaritas. Incluso entre los crisantemos, a los que concedía más ternura, había unos cuantos pétalos resecos, de tonos desfallecidos.

El doctor hundió un dedo en la tierra. Ni muy húmeda, ni muy seca. Estaba casi seguro de haber calculado el riego a la perfección. No había señales de plaga en las hojas, ni en los tallos. El sol, aunque brillante, no estaba siendo despiadado. El clima era el más adecuado para un hermoso florecer.

El Dr. Adams entró a su casa de nuevo. Cuando volvió al jardín, cargaba en las manos un grueso volumen de pasta verde con amarillo. *Enciclopedia de plantas y flores*, se leía en la portada. Un título simplón, mas el científico debía a esas páginas todo su conocimiento de jardinería y,

consecuentemente, todas las alegrías de su jardín. Hojeó el libro hasta llegar al artículo sobre crisantemos (*Chrysanthemum*). Escaneó las recomendaciones para el buen cuidado, las señales de plaga y las fotografías de la flor ideal. Hizo lo mismo en el artículo sobre las margaritas (*Bellis perennis*) y el de las campanas (*Phacelia campanularia*). Ni una sola línea o imagen le reveló lo que padecían sus flores. Por primera vez, el libro le había fallado.

Adams cerró el volumen de golpe y entró de nuevo a su casa. La silla quedó afuera, con un vaso de limonada medio vacío. Los pétalos de uno de los crisantemos, de un rosa desteñido, comenzaron a caer. Otros volaron secos en la brisa.

Los doctores Adams, Pierce, Martelli y Morgan pasaron la madrugada entera en el observatorio, pegados a los instrumentos y a un televisor. La pantalla ciclaba una serie de tomas del cielo nocturno, todas ellas capturadas en la soledad de desiertos, costas y montañas. Algo eclipsaba una parte del manto estelar. Algo con forma viva y envuelto en una nube.

—Creo que es evidente que viene hacia acá —dijo Martelli.

—No es tan evidente —dijo Pierce—, pero lo mejor será actuar como si lo fuera. ¿NASA ha dicho algo?

—Nada —respondió Morgan—. La postura oficial es que están recabando más información.

—¿Y la Casa Blanca? ¿El Secretario de Defensa? ¿La NOAA?

—No dudes que son ellos los que tienen a la NASA amordazada —dijo Martelli, su mirada fija en las imágenes del televisor.

—¿Qué hay de otros observatorios?

—Esperan a que la NASA diga algo —respondió Morgan—. Lo mismo que nosotros.

El Dr. Adams metió la mano en uno de los bolsillos laterales de su bata y extrajo una cajetilla de cigarrros. Él habría sido el primero en recordarle a sus compañeros y a cualquier visitante que estaba prohibido fumar en las instalaciones del observatorio. Pero ya eran muchas las noches extraordinarias. El humo se estancó en torno a su cabeza, sugiriendo una espiral. Sus colegas lo dejaron fumar en paz.

—¿Cómo es posible? —preguntó Adams. Entre la frase, hebras de humo escaparon de las comisuras de su boca.

—¿Qué cosa? —le dijo Martelli.

—Nuestro trabajo es mirar el cielo. ¿Cómo se nos escapó que hay una tortuga gigante nadando en el espacio?

—Así es la ciencia, Néstor —intervino Pierce—. Lo sabes perfectamente.

—El universo es infinito, en lo que a nosotros concierne —agregó Martelli—. Quién sabe qué otras cosas hay flotando por ahí.

Adams imaginó un reino completo de criaturas surcando el vacío estelar. Peces, grandes felinos, arácnidos. Se resistió inicialmente, pero las imágenes mitológicas llegaron también: dragones, unicornios, hombres y mujeres con cola de ballena, con cabeza de cocodrilo o de chacal. Inhaló profundo, inundando con humo su boca y el fondo de su garganta.

La tortuga flotaba innegable en el cielo de media mañana. En otras circunstancias, se habría tomado por un globo colosal; quizá el juego de algún artista o una campaña publicitaria.

Al igual que los científicos en el Observatorio Freeman, y el resto de los sabios del planeta, nadie poseía ni daba con la clave para descifrar aquella imagen. Ni siquiera los líderes religiosos, antiguos traficantes de símbolos, atinaron a explicar el significado de la tortuga. Cada cual le impuso los rigores de su doctrina a conveniencia; la salpicó de sus más profundas esperanzas y terrores.

El Dr. Adams ascendió por los caminos de Sierra Prieta en su auto. Había dormido hasta tarde, incapaz de combatir el peso de su propio cuerpo para sacarlo de la cama. El espejo retrovisor le devolvió un par de ojos hundidos y un manajo de cabellos claros sin peinar. A sus costados, los árboles se deshebraban en colores que sugerían el otoño. La crueldad del sol, sin embargo, reiteraba la plenitud de julio.

Adams llegó al observatorio sin molestarse en estacionar el coche en su cajón designado. El Dr. Morgan acababa de emerger de las instalaciones. Un par de cajas yacían a sus pies. Cuando Adams se acercó, el joven ya atrancaba la puerta.

—¿A dónde vas, Ted? ¿Por qué estás cerrando?

—Dr. Adams... ¿No recibió el mensaje?

—¿Cuál?

—El observatorio cerró. Hasta nuevo aviso.

—¿Por qué? ¿Por orden de quién?

—NASA. Y del resto del gobierno, supongo.

—¿Y Martelli? ¿Pierce? ¿Dónde están?

—En sus casas. Ambos estuvieron aquí hace unas horas, antes de que avisaran del cierre.

—¿No hubo protesta? ¿Reclamaciones?

—El Dr. Martelli echó un par de papeles al aire, pero ya sabe cómo es... Tanto él como la Dra. Pierce acordaron que no había más que hacer. Nada más que observar con los instrumentos. Los dos se fueron hace más de una hora. Yo me quedé sólo para sacar unos documentos y apagar las luces.

Adams miró las cajas junto a los pies de Morgan. Estaba seguro de que ambas contenían documentos de suma importancia. Quizá, en esencia, las labores completas del observatorio. Aún así, no pudo evitar tomarlas por lo que eran: un par de cubos de cartón engordados con diez o quince kilos de tinta y papel.

—Usted es aficionado a la jardinería, ¿cierto?

Adams tenía una noción vaga de la edad de Morgan. Sabía que era joven, pero nunca se molestó en calcular o preguntar por sus años. Notó que tenía menos de los que pudo llegar a pensar. Esa observación lo inundó de una tristeza que no comprendió en ese momento.

—Tengo un jardín y lo cuido mucho.

—¿Ha notado comportamientos extraños en su jardín?

—Las plantas viven, Ted, pero hablas como si tuvieran conciencia y voluntad.

—A lo que me refiero, doctor, es que si su jardín ha estado reaccionando a sus cuidados con naturalidad.

Adams pensó en sus flores cabizbajas, en su sed, aparentemente inagotable en los últimos días.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Nada. Pregunto y nada más.

—Quizá sea bueno llamar a la NASA. Y a la EPA.

—Sea lo que sea, seguro están bien enterados. Que se hagan cargo, en la medida de lo posible.

—Pero...

—Vaya a casa, doc. Cuide su jardín.

El Dr. Morgan levantó las cajas, las colocó sobre el asiento trasero de su auto y arrancó. Adams observó al cochecito rojo en su camino montaña abajo, zigzagueando entre un bosque de aires moribundos.

Néstor, ¿qué significa?

La luz marina de la tortuga entraba por la ventana, inundando la habitación, la cama y los rostros del Dr. Adams y su esposa Sophie.

Pasaban de las dos de la madrugada. Ambos llevaban desde las once extendidos sobre la cama, incapaces de conciliar el sueño. La tortuga en el cielo, más que consternante, era hipnótica.

—Néstor...

—¿Eh?

—¿Qué es? ¿Qué significa?

La tortuga navegaba el cielo nocturno; ya no como un astro distante, sino como una embarcación espectral. Sin necesidad

de telescopios o instrumentos, cualquiera podía distinguir la rugosidad de su cuello, los ojos de cenote y las marcas desplegadas en rueda sobre su caparazón. No había rastro de la nube que la cubrió en su camino a la Tierra. En su lugar quedó un fulgor subacuático.

—No lo sé.

La tortuga andaba de paso por los cielos, como cualquier otro objeto celeste. En unas horas dejaría de verse en Sierra Prieta y aparecería sobre las casas de algún otro vecindario. Entretanto, el brillo de su caparazón sofocaba la luz de la luna llena. Los árboles, las casas al pie de la montaña y el observatorio en su cima quedaron hundidos bajo un resplandor submarino.

—¿Qué vamos a hacer?

El Dr. Adams intentó leer las marcas en el caparazón. Sus ojos expertos en distinguir, clasificar e interpretar las señales del cielo fueron incapaces de encontrar sentido en aquellos signos. Sólo percibió arañazos, puntos y una espiral rota. Imaginó el caparazón al derecho y al revés. Intentó leer la rueda de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Buscó familiaridad en la combinación de símbolos, una clave oculta en su traslape. Pero ya era tarde. En unas horas, el sol resurgiría y la tortuga dejaría de brillar en el cielo.

—No lo sé, amor. De verdad no lo sé.

Los crisantemos bebieron su último chorro de agua con desaire. Néstor Adams quedó de pie en medio del jardín, con la regadera

resbalando entre la punta de sus dedos. Unas cuantas gotas más cayeron sobre la tierra seca, repelidas por un nuevo orden ignorado hasta el final.

Atardecía. No obstante, en el cielo, nadie podía encontrar el sol. Sus rayos apenas llegaban a la bóveda celeste, conquistada por la cabeza de la tortuga. Los rojos y naranjas del ocaso estaban atrapados entre sus escamas, ahogados en la inmensa noche de sus ojos.

La regadera azotó contra la tierra seca del jardín. Las flores y matorrales, cabizbajos, esperaban un último soplo de viento. La misma escena se repetía en las montañas, las selvas y praderas de todo el mundo. Néstor supuso que las costas debían estar llenas de peces muertos, expulsados por las olas. Un aroma a polvo seco le llenó las narices. No pudo evitar un suspiro. Siglos de saber acumulados, y ni una palabra que les ayudara a prepararse para esto. La tiniebla lo cubriría a él, a Sophie y a sus colegas sin conceder la más mínima explicación.

Néstor entró a su casa y se enterró en la cama, junto a su mujer. Ahí yacieron por varios días, inmóviles, observando el rostro impassible de la tortuga.

Las mandíbulas se abrieron. Un manto helado, respirado desde las profundidades del cosmos, cubrió al mundo entero. Todo fue penumbra por un par de días. Y al final, el más atronador de los crujidos.

César Cantú (1990). Periodista. Nació en Monterrey.
Vive en la Ciudad de México.

LA MANO DE ALBERTO

ALEJANDRO CANNIZZARO

El 22 de junio de 1986, mientras Alberto jugaba a atrapar cabezas de robot antes de que cayeran al suelo en su reloj Casio, su familia no apartaba los ojos de la televisión. Estaba por suceder un evento histórico que dejaría un reguero de muertos a lo largo del tiempo y del mundo: La guerra Maradona.

Sus tíos, sus primos, su mamá, su papá y su hermana vestían alguna prenda celeste y blanca. Los tíos y los primos, la camiseta de la selección; mamá y papá, un gorro al tono, y la hermana usaba diferentes girones de pelo atado con cintas bicolor. Alberto tenía la misma jogineta gris y sucia desde hace tres días. Llegar al nivel 2000 del juego del robot era su única obsesión. Había leído en un artículo de la revista Humor, que mensualmente compraban sus padres, que la empresa Casio había premiado a un japonés por batir el récord y alcanzar el nivel 150. Él ya había llegado al 1997. Imagínate la cara de don Casio cuando le tenga que entregar el premio a un argentino, decía.

Sus tribulaciones fueron interrumpidas a los gritos: Gooooooooooooooooool. Vamos Diego. Lo anuló, lo anuló. Hijo de puta. Cobró mano.

En la pantalla de la televisión se observaba a Diego Maradona elevarse con destreza asombrosa y marcar con la cabeza. El gol había respetado todas las normas que figuraban en los reglamentos deportivos pero el árbitro lo había anulado de todos modos. En ese momento exacto, una serie de sucesos iban a transformar la historia argentina para siempre. El desastre comenzó de menor a mayor: un cachetazo del propio Diego al delantero inglés Gary Lineker que le valió la expulsión; una avalancha de hinchas argentinos en el estadio Azteca que terminó con la vida de 126 personas; un violento cruce de hinchadas en las inmediaciones de la cancha que arrojó un saldo de 27 muertos; un argentino lapidado a jarras de cerveza en un bar de Londres; el secuestro y posterior asesinato del embajador inglés en Buenos Aires. Y la violencia siguió escalando a lo largo del tiempo.

Septiembre de 1987. Una bomba en una parrilla argentina en la ciudad de Manchester arrojó un saldo de 33 muertos.

2 de enero de 1988. Un ciudadano peruano que se llamaba Raúl Inglese fue descuartizado.

7 de febrero de 1988. Se expulsa a todas las personas de nacionalidad argentina residentes en Inglaterra y en sus colonias.

2 de enero de 1991. El entonces presidente Carlos Menem declara visitante no grato al cantante Elton John y anuncia que no se responsabiliza en caso de un atentado.

1 de diciembre de 1992. Elton John es asesinado durante un concierto en Brasil. El grupo terrorista La Diego Armando se adjudica el atentado.

6 de diciembre de 1992. Inglaterra le declara la guerra a la Argentina.

24 de diciembre de 1992. En un ataque conjunto, las fuerzas aéreas de Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica y Gales, bombardean el barrio porteño de Devoto, donde se encontraba la residencia de la familia Maradona. Se estima que murieron por lo menos mil personas. El afamado deportista y su familia pudieron escapar y se exiliaron en Cuba.

Alberto aún no había alcanzado el nivel 2000 del juego del robot. Lo iba a lograr recién el 7 de julio del 2027. Para ese entonces, Argentina se había transformado a fuerza de balas en la colonia británica Elton John, en homenaje al artista asesinado. Ese día, Alberto recordaba el primer aniversario de la muerte de su esposa. Había perecido en uno de los ataques perpetuados por las fuerzas armadas inglesas.

Sumido en la nostalgia, se había encerrado en el baño con su reloj y, luego de varios años, había vuelto al juego. El tiempo y la felicidad se habían derrumbado con la misma ferocidad que las cabezas de robot cayendo desde el cielo. Su culo se apoyaba sobre la tabla del inodoro y depositaba la fantasía de ser succionado para siempre por la fuerza centrífuga que se producía al apretar el botón. No quería volver a levantarse, salir al mundo, ir a trabajar. No quería vivir más. Solo sus dedos se movían, frenéticos. Las cabezas eran arrojadas a una velocidad temible y él las atajaba una a una. La imagen de su esposa con un agujero en la frente se le aparecía en la pantalla diminuta. Se estaba volviendo loco. Sus dedos se movían rapidísimo hasta que el reloj se llenó de colores. Había alcanzado el nivel

2000. Nadie jamás lo había logrado. Don Casio ya no iba a otorgarle premio alguno, pero para Alberto era importante. Un pequeño triunfo personal entre tantas derrotas estrepitosas. En la pantalla alcanzaba a leerse la palabra *Congratulations* y luego tres espacios de dos dígitos separados entre líneas invertidas titilaban a la espera de que Alberto colocara una fecha. Una sola opción se le cruzó por la mente. El día en el que todo empezó a derrumbarse. 22 de junio de 1986.

City, preguntaba el reloj entre signos de interrogación. México DF, escribió Alberto antes de quedarse dormido sentado en el inodoro.

Los gritos lo despertaron en otro baño. Empujó con fuerza las puertas vaivén y salió corriendo. Pasó a toda velocidad entre camisetas argentinas e inglesas. Abrió la puerta del vestuario que había sido asignada para la selección nacional y, al cruzar el túnel de lona, la inmensidad del campo de juego se presentó ante sus ojos. Miró su reloj al tiempo que Maradona flexionaba sus rodillas para dar el salto del gol que finalmente resultaría anulado *¿Pause?* Preguntaba el Casio en letras rojas. *Yes*, presionó Alberto y todo se detuvo. El aliento de la hinchada se apagó. Los jugadores, el cuerpo técnico, todas las personas quedaron congeladas. La pelota en el aire y el jugador a punto de impactarla, también. Alberto entró a la cancha y, a medida que se acercaba al arco, escupió a cada jugador inglés con el que se fue cruzando. Se detuvo al llegar a destino. Sabía que debía modificar la escena, mas no sabía cómo. Podía cambiar la posición del arquero o del delantero, pero cualquier cambio debía realizarse con precisión quirúrgica para que no se notara. De todos modos, la pregunta que lo carcomía era

cómo garantizar que el árbitro que había anulado un gol lícito, no anulara este. Tal vez, dijo en voz alta, si el referí estaba destinado a equivocarse, entonces, aunque Maradona anotara con la cabeza, con el pecho o la rodilla, el gol iba inevitablemente a ser invalidado. Si su razonamiento era correcto, lo que debía hacerse era garantizar el error. Pero otro error. Uno que no provocara la derrota del partido, una acción bélica, la muerte de Elton John, de miles de inocentes y de su propia esposa. Elevó el brazo izquierdo de Maradona a la altura de la pelota y presionó el botón.

Alejandro Cannizzaro (Argentina), es periodista científico y desde siempre le ha gustado escribir cuentos. Trabaja como divulgador científico en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), en Puerto Madryn, una hermosa ciudad de la Patagonia argentina. En 2023 publicó su primer libro de cuentos, *El inconsciente*, y ese mismo año fue ganador del segundo premio Concurso Literario Osvaldo Bayer. Además, dicta talleres literarios y disfruta compartir su pasión por la escritura. Es padre de Amanda, de 9 años.

UN SILENCIO REPRIMIDO

MICAL KARINA GARCÍA REYES

Mi madre sigue sintiendo vergüenza de la desnudez de su cuerpo frente a mí. O eso intuyo. Hace un par de años, su piel todavía se estiraba lo suficiente para revestir 120 kilos de tejido adiposo, eso sí, con estrías; los estragos de un epitelio en constante esfuerzo por no romperse. Hoy todo ese revestimiento se cae, su piel cuelga como si fuera un traje que le quedara grande. Sus pechos son dos bolsas vacías, los brazos y piernas carecen de músculos que la soporten, sus movimientos son acotados, trémulos, y su rostro se descompone cada que la tengo que despojar de su pañal para moverla de la cama a la silla.

A veces me pregunto qué es lo que tanto la avergüenza: ¿el tabú de la desnudez? ¿El deterioro de su cuerpo? ¿Su total dependencia hacia mí? Nunca he querido preguntarle. Observo su rostro: su pronunciada papada, los párpados caídos y los ojos hundidos, la mirada que pierde brillo cada día, las arrugas que parecen socavar más y más profundo, como grietas que trazan la cartografía de sus esperanzas rotas. Mantengo firme la mirada.

El represor en mi implante cerebral está activado. Lo ajusto en el número 5, para suprimir al instante cualquier respuesta fisiológica ante la inevitabilidad de la muerte, ante el miedo

a la pérdida. Los pensamientos que empezaban a gestarse son acallados de inmediato, la comunicación entre las distintas áreas de mi cerebro se corta como una presa que detiene un río antes de desbordarse. Solo así puedo continuar sin sentir absolutamente nada por mi madre, sin llorar frente a ella.

Me giro para verificar la temperatura del agua, le acerco la regadera portátil luego de cerciorarme que está lo suficientemente tibia, como le gusta. Ella la sujeta y comienza a humedecer su cuerpo, no sin un poco de resistencia. El agua resbala por su piel. Yo me aseguro de enjabonar muy bien entre esos recovecos, pliegues y concavidades que se esconden de la vista. Levanto cada uno de los senos con sumo cuidado; unto con jabón y enjuago, no quisiera que volviera a tener infecciones micóticas en esas zonas ocultas. Le pido que lave sus partes íntimas en un esfuerzo de no invadirla más, aunque sé que piensa que ya ha sido despojada enteramente de su intimidad.

Mi madre ni siquiera me mira, sé que sus ojos observan algo que no está físicamente en el mismo cuarto, sino que habita en una dimensión que solo existe en sus recuerdos más preciados, aquellos que se esfuerza por no olvidar. Quizá tiempos en los que aún vivía papá, o antes de que mi hermano se fuera de la casa.

Unto el champú y masajeo con cuidado su cabello, a la vez que recuerdo las muchas fotos que mi padre me tomó con su celular, cuando me bañaban en la compañía de mi patito de hule; aquellos instantes se me figuran grises, ajenos, incapaces de transmitirme nada. Pero pienso que quizá mi madre jamás imaginó que yo tendría que bañarla alguna vez, y por ello se siente avergonzada.

Le pido que abrace mi cuello, la jalo hacia mí para que se ponga de pie por solo unos segundos. Limpio la suciedad entre sus nalgas y enjuago procurando ser rápida, puesto que sus piernas empiezan a temblar. Le indico que se siente de nuevo.

Baño su cuerpo entero con la tibieza del agua, ella deja escapar una ligera sonrisa. Le proporciono una toalla y yo tomo otra más, ella seca su dorso y debajo de sus pechos, entre tanto envuelvo sus pies y manos dando pequeñas palmadas con la toalla. En su rostro distingo el dolor que ha vuelto. Cada vez es más frecuente. Y cada vez son menos eficaces sus esfuerzos por ocultarlo.

La ayudo nuevamente a levantarse y a dar los pequeños pasos de vuelta a su cama. La visto de la parte superior de su cuerpo, luego la recuesto para ponerle el pañal. Sé que no le gusta, pero yo no la puedo llevar al baño sola. Por último, le coloco el pantalón y la dejo cepillando su cabello, al tiempo que busco su nuevo tratamiento. “Uno más para la farmacia casera”, pienso dentro de mí. Primero la diabetes, luego el cáncer.

—Mami, el médico le mandó una nueva inyección.
—Regreso al cuarto con la jeringa lista, me esfuerzo por suavizar la voz, pero en este estado me es complicado identificar las frecuencias y modulaciones que subyacen a mi ánimo.

—¿Más inyecciones? —me pregunta en un tono que bien podría ser un reclamo, pero también incredulidad genuina.

—Así es, mamá. Permítame su brazo.

—Ay, hija, pero esa inyección no me gusta. ¿No me tocaba más tarde? —Su voz de repente adquiere un tono ligeramente infantil, totalmente vulnerable ante mí.

—No, mamá, ya le toca.

—¿Eso te dijo hoy el doctor? —cuestiona, pero no puede hacer nada porque ya sujeté su brazo.

La aguja perfora fácilmente el delgado epitelio, que últimamente está muy resentido por tantas picaduras. Mamá siente un poco de dolor, lo noto en su ceño fruncido y en su esfuerzo por parecer fuerte.

—Listo, mamá, qué valiente es usted.

—¿Me pones una metaserie, hija?

—¿Qué quiere ver?

—¿Recuerdas esa película? Esa, ay, ¿cómo se llama?

—¿Cuál? —La memoria de mi madre cada vez es más nebulosa.

—Pues esa, donde sale la niña con la peluca de arcoíris que canta ópera, ¿me la pones? ¿La podemos ver juntas?

—Ah, claro, la pongo.

La habitación se oscurece, y pronto los haces de luz atraviesan nuestros cuerpos. La cama en la que está acostada mi madre se transporta a una enorme casa en la CDMX de hace cuarenta años, donde una familia se prepara para la que, quizás, sea la última fiesta de cumpleaños del hermano menor, enfermo de cáncer. Las escenas transcurren mientras mi madre y yo observamos desde la pared, desde la mirada del perro, desde la pecera del pez, desde los ojos de la bruja que llega a limpiar la casa de las energías oscuras, desde las lágrimas de los muchos asistentes que rememoran al amigo, primo, hermano que quizá no vuelvan a ver y que, por lo tanto, deben despedir con alegría. La película termina junto con la tarde.

—¿No llorarás esta vez, hija? —me pregunta.

—Estoy bien, soy fuerte —le respondo, con el represor emocional ajustado en el nivel 6.

Finalmente sola, intento concentrarme en mi trabajo remoto. No obstante, la información no deja de fluir en mi implante: “Nuevos reportes indican que los microplásticos están directamente relacionados con el incremento en la depresión y ansiedad”, “Alarmantes tasas de pacientes con cáncer provocan desabasto de medicamentos en el sistema de salud”, “Más consecuencias del cambio climático: la extinción de los narvales”, “Uso del represor emocional altera la plasticidad del cerebro y restringe la capacidad de procesar emociones complejas...”.

Mi pulso se acelera, mi respiración se agita; de nuevo me apabulla la enorme cantidad de información que llega a mi cerebro, en la que sobresalen las malas noticias. Apago el *mind-scrolling* e intensifico el nivel de represión a un 7, que de inmediato bloquea la ansiedad.

Recupero la calma, mi respiración se normaliza poco a poco. Los titulares de las noticias aún se muestran casi tangibles en mi mente, pero ya no pueden hacerme daño.

Un mensaje llega al implante, mi hermano interrumpe las horas de trabajo nocturno. Sin embargo, no puedo dejar de darle los pormenores del estado de mi mamá. Acepto la llamada neuronal: cierro mis ojos y pinceladas poco a poco dibujan la preocupación en su rostro, su figura sentada, su habitación

entera con una decoración minimalista. Él se encuentra aún trabajando en los archivos de su pantalla de realidad inmersiva, nunca deja de trabajar. Y me ve a mí flotando sobre su espacio, sobrepuesta en su entorno, seguramente demacrada, intentando trabajar por las noches, cuando mamá duerme.

“¿Qué te dijo el doctor, Lulú?”, me dice sin siquiera articular un solo enunciado. No hace falta dentro de la llamada neuronal.

“Lo que sospechábamos: el cáncer de mi mamá ya hizo metástasis a pulmón y médula espinal, está totalmente invadida. También está empeorando la demencia senil”. Por primera vez, mi hermano levanta la vista y me mira como si estuviese ante un fantasma. “El médico me dijo que empezáramos a despedirnos”.

Mi hermano permanece en silencio y veo todo su cuerpo desinflarse, como si el alma se le hubiera escapado. Reprime su llanto, sus sollozos son inaudibles, lo único que atino a hacer es observar con cierta compasión contenida. Entiendo su dolor, sé racionalmente que yo también debería compartir el mismo pesar. Lo miro como si diera un par de palmaditas de consuelo en el hombro de mi peor enemigo.

—¿Y mamá ya lo sabe? —suspira, y por primera vez su voz destroza la fina tensión del silencio. Entonces entiendo que mi hermano se siente más seguro articulando palabras, en lugar de esbozar los pensamientos que en este momento lo atormentan.

—No, el médico me dijo que no tenía caso. Según él, si le decimos es mucho más probable que fallezca pronto. Pero incrementó las dosis de morfina, y mamá lo notó.

—¿Por qué no la llevamos con otro médico? ¿Pedimos una segunda opinión? —Mi hermano se cubre el rostro con las

manos, pero su voz entrecortada me indica que ha empezado a llorar.

—Olvídalo, me mostraron el escaneo completo del cuerpo con los biomarcadores moleculares, no hay ninguna duda. Además, ya no tenemos dinero para pagar otro médico. ¿O tú sí tienes?

—No, este mes tengo para su renta, tu paga, los gastos básicos y es todo.

—Yo he estado trabajando mucho menos desde que los síntomas de mamá empeoraron. No me alcanza para nada. Y ya nos gastamos el ahorro para el retiro de mi madre.

—¿Segura que no podemos hacer nada más?! —Su semblante anegado me implora por alguna esperanza, aunque sea mínima.

—No, yo creo que no podemos hacer nada más por ella. Pienso que deberías venir a verla más seguido, antes de que fallezca.

—¿Estás bien, Lulú? Te siento muy extraña, indiferente. Es de nuestra madre de quien hablamos —me dice y es hasta ese momento que recuerdo que tenía que fingir que no tenía activado el represor.

Mi hermano levanta su rostro y veo el enrojecimiento en su frente, las gotas que escurren por su nariz y mejillas, la mirada fija en un futuro muy certero. Y probablemente muy cercano. Su sufrimiento, no obstante, me es totalmente indiferente.

—Estoy bien, solo paso más tiempo con mamá, ya asimilé la noticia —digo intentando articular las palabras adecuadas, gesticular el desconsuelo que debería sentir. Es difícil estando totalmente suprimida, carente de empatía.

—No dudo que lo hayas asimilado, pero no me estás diciendo la verdad. ¿Otra vez estás abusando del represor emocional, cierto? —suelta de repente.

—Por supuesto que no.

—Ni siquiera te das cuenta de lo indiferente que es tu actitud. ¡¿Cuánto tiempo llevas usándolo?! ¡Sabes que su abuso es terrible para ti! ¿En qué nivel lo tienes ahora?

—No estoy abusando, no te preocupes.

—Lulú, ¡te hace daño! Desactívalo y habla conmigo, por favor. —Ahora él se dirige a mí con cierta compasión.

—Tú crees que me hace daño usarlo, pero solo de esta manera puedo dejar de sentirme apabullada por todo lo que ocurre. Solo de esta manera puedo seguir ayudando a mi madre.

—Lulú, yo entiendo lo difícil que es, pero sabes que el represor únicamente se usa bajo prescripción de un psiquiatra. ¿O estás bajo tratamiento?

—No, no lo estoy. Pero estoy bien, de verdad.

—Estás bien momentáneamente, pero recuerda que ese represor tiene efectos secundarios cuando se abusa de él. Ya te pasó con la muerte de papá, ¿recuerdas? Fue necesario internarte.

Los recuerdos se revuelven en mi mente, como si se hubiesen sedimentado en mi inconsciente y alguien llegara a agitarlos. Y pienso en el médico diciéndonos que mi padre tiene cáncer avanzado, en mi madre llorando y mi hermano, como siempre, trabajando todo lo que puede para mantener a sus padres que jamás tuvieron una oportunidad real de ahorrar para su vejez. Pienso en el rostro de mi padre, con la piel amarilla y las ojeras pronunciadas, saliendo de su terapia sin reconocerme,

en sus gritos agónicos por las noches y el deseo de dejar de sufrir, mismo que tuvo miedo de manifestarnos, ante nuestra necesidad y necesidad de mantenerlo a nuestro lado.

Y recuerdo el momento que compré el represor emocional en el mercado negro, por recomendación de mis amigos más cercanos, pensando que solo así podría cuidar a mi padre sus últimos días. Y así fue.

No entiendo por qué debería someterme al dolor, si simplemente se puede bloquear.

—Yo no puedo sobrellevar tanto pesar, no soy capaz —suelto de repente. En otro momento, me habría sentido vulnerable al admitir mi propia incompetencia como adulto. Pero el represor bloquea incluso eso—. No tenemos dinero, me canso demasiado cuidando a mi madre y, sobre todo, tengo que soportar su mirada ausente y sin luz cuando le cambio el pañal, cuando finjo que todo está bien, que es normal que le inyecte morfina para que pueda dormir. Es demasiado para mí —digo y noto que escapa un poco de frustración y desesperanza en mis palabras. Ajusto entonces el nivel del represor a 8.

—Lulú, sé que es difícil, pero el represor también tiene efectos adversos, como bloquear poco a poco todas las emociones, no solo las que no te gustan. Y lo sabes. Fue lo que pasó la última vez, ¿recuerdas? No podemos huir del dolor...

—¿Por qué no? Mi madre me necesita más cuidándola que llorando por ella.

—Lulú, por favor.

—Ahora bien, si no tienes nada más que agregar, voy a colgar, tengo aún mucho trabajo —digo antes de terminar la conexión

y regresar a mi despacible trabajo nocturno, antes de escuchar a mi madre que grita nuevamente de dolor.

Mi madre luce particularmente cansada hoy, como derrotada. Después de todo, no podrá ganar la batalla, por más que lo intente. Yo sigo esforzándome por gesticular adecuadamente, sin preocuparla, a pesar de estar bloqueada en el nivel 8.

No obstante su rostro demacrado, ella parece tener buen ánimo. Y lucidez.

—Hija, ¿me prestas el álbum familiar? —pregunta.

Ella aún vivió los tiempos en los que las fotografías eran láminas de papel teñidas que coloreaban los instantes a recordar y se pegaban en un libro físico que se hojaba para revivir aquellas dichas capturadas en algo aparentemente imperecedero. Yo ya no conocí ni uno solo de esos álbumes fotográficos. Sin embargo, para revivir la nostalgia, existen aplicaciones digitales que recopilan automáticamente todos los videos subidos a redes sociales o almacenados en la nube, y los presentan emulando un antiguo álbum físico, holográfico, por supuesto, pero con la definición necesaria para hacerlo lucir como papel de verdad, en lugar de haces de luz, con movimiento y audio. Le entrego a mi madre el álbum y ella lo sostiene torpemente con las manos. Basta solo un movimiento al aire con su mano para cambiar de página.

—Jamás voy a olvidar el día que naciste, un 10 de mayo. Fui al festival de día de las madres de tu hermano, en el jardín de

niños. Bailó la de “El ratón vaquero”. Míralo, con sus orejitas. —Mi mamá me muestra una dinámica de 10 segundos de mi hermano, pequeño y regordete, vestido acorde a la ocasión y practicando sus pasos de baile con una enorme sonrisa—. Justo en “El ratón vaquero sacó sus pistolas”, tuve mi primera contracción. No quise espantar a tu padre, pero al salir del festival, corrimos directo a urgencias.

»A pesar de ser pequeño, tu hermano siempre te cuidaba mucho. Y pasaba horas jugando contigo, al igual que tu papá. Para ellos, siempre fuiste su “chiquita”.

Mi madre suspira y me muestra las dinámicas: mi hermano saltando como rana frente a mí, que reía a carcajadas; mi madre cargándome y dándome biberón; mis padres bañándome, o interpretando una obra con calcetines para mi hermano y para mí. Todos esos recuerdos no me producen ninguna sensación. Sé que es mi vida y sospecho que mi madre se aferra a esas memorias, a lo último que genuinamente puede llevarse consigo. Ella ríe como no lo había visto en meses. Su voz, su entusiasmo ante las escenas de mi infancia, la de mi hermano, la minúscula lágrima que se derrama por su mejilla al recordar el día que pronuncié “mamá” por primera vez.

Aunque sea por un solo instante, mi madre es feliz.

Y yo noto entonces la rigidez de mis músculos faciales, antes despreciable; pero ahora, que quiero reír, están paralizados. Mientras mi mamá me muestra la dinámica de mi primer día en el jardín de niños, veo su rostro lleno de entusiasmo y pienso racionalmente que me estoy perdiendo de un momento único con ella, quizá el último momento feliz, por mantener apagadas mis emociones.

Con un poco de miedo, desactivo el represor emocional sin que lo note, para intentar acompañarla de verdad.

Inmediatamente, mi respiración se agita, una sensación de ansiedad recorre mi ser, acompañada de un miedo a no sé qué; mis manos tiemblan ligeramente, pero trato de escuchar a mi madre. Su voz, su rostro sonriente y su calidez mitigan un poco lo que me angustia. Respiro profundamente y me concentro en ella, en sus palabras, en sus memorias, en su enorme gesto de felicidad. Ella sujeta mi mano de repente, como si supiera que mi cuerpo requiere de algo a lo que pueda asirse, un sostén para todo lo que le obligué a reprimir.

—¿Estás bien? —me pregunta y me observa. Yo solo logro asentir y sonreír torpemente, aferrándome a su mano.

—Aquel día tenías mucho miedo de ir a la escuela, lloraste en la puerta pensando que te iba a abandonar. Pero cuando me viste al final del día, corriste hacia mí y me dijiste que ya tenías un nuevo amigo, “Tintin”. Y que al día siguiente iban a jugar con sus juguetes.

—Yo no lo recuerdo, qué buena memoria, ma-má —tartamudeo un poco, pero me concentro en ella y en mis memorias, trato de viajar hasta donde ella me indique.

Los recuerdos se evaporan de mi mente, aunque ella parece almacenarlos en una cajita de tesoros, como si esas nimiedades fueran verdaderamente preciadas. Aquellos instantes dinámicos que flotan en sus manos me transportan al pasado, cuando papá y mi hermano estaban con nosotras. Pero también me anclan al presente, en el que mi madre está a mi lado, recordando y avivando la pequeña llama de felicidad que creía extinta.

El miedo se disipa poco a poco, para darle espacio a otros sentimientos, como el amor latiendo con fuerza en mi pecho.

Soy feliz, como no lo había sido en mucho tiempo.

—El día que te graduaste estuvo lloviendo terrible, pensamos que no llegaríamos a tiempo al examen.

—Llegué escurriendo...

—Y estabas temblando. Quise envolverte, aunque supe que no sería muy profesional de tu parte. Pero tu determinación y voluntad me impresionaron.

—Ay, mamá, pues si ya me había retrasado casi dos años en titularme, era en ese momento o jamás. Cuando me abrazaron al finalizar el examen, sentí que por fin iban a dejar de molestarme, me liberé.

Mi madre ríe y sostiene la mirada en mí por unos segundos. Esa mirada llena de amor, generosidad y comprensión que solo una madre puede brindar.

—Gracias, hija.

—¿Por qué, mamá?

—Porque hoy sí estás conmigo, honesta y genuinamente. Necesitaba que fuera así. —Mamá sostiene un tenso silencio entre sus labios—. Siento que ya no estaré mucho más tiempo a tu lado, así que estos momentos me llenan de alegría.

—Mamá... —le susurro entre sollozos, que brotan al ritmo de las violentas contracciones de mi corazón. Mis pulmones parecen hacerse nudos, sin posibilidad de respirar.

—No hace falta que me ocultes lo que yo ya sé, corazón. Pero tu fuerza me llena de valor.

Me quiebro y comienzo a llorar con la fiereza de una tempestad que solo se contiene en los brazos de mi madre,

lo suficientemente grandes aún para apaciguar mi alma. Definitivamente la subestimé. Y fallé en mi esfuerzo de ser un pilar inamovible para ella, en ocultarnos su mortalidad para no lastimarnos.

—A veces tú eres fuerte, y a veces yo lo soy. Juntas lo somos más. No hay que afrontarlo todo solas —dice mi mamá, con el rostro inundado en lágrimas, como si hubiera leído mi mente. O simplemente me conoce más de lo que yo quisiera admitir.

Me aferro a su suéter como si ello fuera a evitar que se separe de mí, como si pudiera aferrarme de ella por siempre. Mi madre me abraza contra su regazo y acaricia mi cabello. Me siento tan débil con esos ríos fluyendo por mis mejillas, pero de alguna manera, la calidez de mi madre me da consuelo.

—Gracias, Lulú, por estar aquí conmigo, con todo lo que tú eres y sientes. No lo ahogues, mejor dejemos que fluya para compartirlo entre las dos. Para darnos consuelo entre las dos.

Ella se queda dormida luego de la catarsis. Apago el implante mental y con ello desactivo el represor. Lloro un poco más en soledad, hasta sentir algo de alivio en mi pecho, al tiempo que mentalmente le digo adiós a mi madre, con el propósito de, día a día, despedirme un poquito de ella, mientras hago todo cuanto esté en mí para que sus últimos días sean un poco más llevaderos. Pienso también en mi hermano y que, así como mi madre necesitaba que la acompañara para sobrellevar juntas el dolor, quizá él también. Quizá yo misma lo necesito.

Me comunico entonces con mi hermano para contarle lo que ocurrió y decirle que, pase lo que pase, compartiremos la misma felicidad, o el mismo dolor. Pero ninguno lo afrontará solo. No es necesario un único pilar.

Mical Karina García Reyes (México, CDMX, 1990). Bióloga, escritora, co-coordinadora del taller permanente “Gran Colisionador de Textos Especulativos. Sus microficciones y relatos pueden encontrarse en diversas antologías y revistas digitales, así como en “Lo mejor de la ciencia ficción mexicana 2023”. Ganadora del tercer lugar en el primer Premio Nacional para Mujeres Cuentistas de Ciencia Ficción Imaginarias 2022 y mención honorífica en el 50. Concurso de Cuento de Ciencia Ficción, organizado por la UACM.

ARCHIVO NACIONAL DEL TERROR

MARTÍN TIRADO

El Archivo Nacional del Terror es ese tipo de lugar al que vas durante un viaje escolar para aprender acerca de la dolorosa y traumática historia de tu nación, pero no logras entender su verdadero significado hasta mucho más tarde. Y hoy, a mis treinta y tres años de edad, entro por primera vez a este edificio para reconciliarme con el pasado de mi país y de mi familia.

Mi relación con mi padre era cercana, mas no estrecha. Nos llevaba al parque los fines de semana, y cuando no, se reunía con sus colegas de la universidad. Nos dejaba entrar a mí y a mis hermanos a su estudio y jugar con la colección de poliedros que tenía en sus estantes. Cubos, dodecaedros, pirámides y un sinfín de figuras que solamente hubieran juntado polvo junto a sus libros de matemáticas y topología si no fuera por nuestra curiosidad hacia aquellas coloridas figuras de madera.

Pero la mayor parte del tiempo la pasaba encerrado en su oficina, lejos de casa, ya sea trabajando en sus artículos académicos o discutiendo con sus amigos acerca de los últimos hallazgos en física. Mi padre decía que la decisión de la universidad de construir la facultad de ciencias junto a la facultad de filosofía y matemáticas había sido la mejor decisión

que había tomado el país. Lo decía por dos razones: Su torpeza social no le habría permitido conocer a mi madre mientras se paseaba por los jardines, y los más grandes inventos del país habían ocurrido entre esos dos edificios.

No fue hasta que ingresé al alma mater de mis padres a estudiar historia, después de la dictadura, que entendí lo maravillosa que era la arquitectura del campus. Mi padre quería que estudiara matemáticas y mi madre filosofía. Ambas cosas eran muy abstractas para mi torpe cabecita. Al final decidí decepcionarlos a ambos y me dediqué a recuperar y revivir la memoria de mi país.

Aunque había decidido dedicar esos años de mi vida a la historia, era imposible no empaparse del conocimiento que emanaba de las otras áreas de la universidad. El campus estaba diseñado para que estudiantes de áreas muy diferentes cruzaran caminos en sus recorridos diarios. El arquitecto noruego que diseñó el complejo sostenía que las mejores ideas no surgían en las aulas, sino en el espacio que las conectaba. Mezclar a todos los estudiantes por sus amenos jardines, cuya frescura se mantenía gracias al inigualable clima de mi ciudad, era la mejor manera de conectar ideas de temas completamente irreconciliables.

Después de la dictadura, la universidad tuvo la enorme tarea de sacudir su pasado y olvidarse de que aquello alguna vez ocurrió, y al mismo tiempo preservar la memoria de las atrocidades que acontecieron en sus instalaciones y el resto del país. Hace unos días regresé al campus y todavía escucho el mismo entusiasmo por el conocimiento. Una estatua de bronce de un hombre desnudo en medio de tres anillos atómicos envuelto en una cinta de Möbius está situada entre el edificio

de física y matemáticas. Si me acerco lo suficiente puedo ver el nombre de mi padre grabado en la cinta, y junto a él, muchos otros de los colegas con quienes trabajaba y estudiaba. El hombre también tiene una venda negra cubriéndole los ojos y en la cinta hay unas enormes letras pintadas con rojo que dicen «CRIMEN DE ESTADO». La universidad todavía se niega a quitar la estatua, y los estudiantes hacen todo lo posible para obligar a la institución a disculparse por lo que había ocurrido en los laboratorios de física.

La verdad es que durante mucho tiempo no pude entender cómo mi padre participó en los horrores de la dictadura. De niña nunca lo vi sostener un fusil, nunca se vestía de uniforme, y lo más cercano a un arma que lo vi sostener fue el cuchillo con el cual rebanó una manzana en rodajas muy finas.

—Un corte transversal es una manera de estudiar las tres dimensiones como una serie de planos bidimensionales —me dijo—. No podemos ver el interior de la manzana, pero si la cortamos en rodajas muy delgadas podemos entenderla con mucho detalle.

Puso las rodajas sobre la mesa de su estudio. Si mirabas aquello como una secuencia de imágenes, era como un círculo que se hacía grande, y luego volvía a hacerse pequeño. En las rodajas de en medio se podían ver las semillas formando una estrella.

—Ahora, imagina si pudieras hacer lo mismo con el cuerpo humano. Imagina cuánto podríamos aprender si pudiéramos verlo como rodajas muy delgadas.

Imaginar un cuerpo cortado en rebanadas me dio escalofríos y casi me ponía a llorar. Mi padre se dio cuenta de eso muy pronto.

—¡Pero no vamos a usar un cuchillo! —Me dijo mientras me abrazaba—. ¡De hecho, en el futuro usaremos luz! Unos colegas estadounidenses están trabajando en un proyecto fascinante. En unas décadas ese instrumento estará en todos los hospitales del mundo.

De niña no entendía cómo se podía ver el interior del cuerpo humano usando solamente luz. Hace unos años mi madre se cayó de las escaleras y tuvimos que llevarla de urgencia al hospital. Fuimos a un laboratorio especializado para que los doctores pudieran entender sus fracturas antes de intentar cualquier cirugía. La metieron en uno enorme tubo que hacía ruidos tremendos, y al final del día los doctores nos mostraron a través de una pantalla en blanco y negro un corte transversal de la pelvis y fémur. Pensé de inmediato en las rodajas de manzana que mi padre había puesto sobre el escritorio. Me había descrito el futuro de la imagen médica. Después de una larga cirugía y una lenta terapia de recuperación, mi madre volvió a caminar, aunque siempre se quejó del dolor de huesos y las horribles cicatrices que los doctores le dejaron.

Mi padre no vivió lo suficiente para ver aquél proyecto hecho realidad. Después de su muerte, tuvimos que hacer lo que ni yo, ni mi madre, ni hermanos queríamos hacer. Vaciar su estudio nos hizo recordar cuando jugábamos con sus poliedros, después de que él y sus colegas de la universidad llenaran la habitación de humo de cigarro. Donamos la mayoría de sus libros al acervo de la universidad, y nos repartimos los cinco sólidos platónicos

entre mis cuatro hermanos. Yo me quedé con el tetraedro, porque como soy la hermana menor, me merecía el sólido con el menor número de caras. Pero no encontré nada que me ayudara a saber qué hacía mi padre durante esos años.

En el Archivo Nacional del Terror hay una colección de fotos de la universidad en tiempos de la dictadura. Están en un pasillo oscuro, con luces ámbar que iluminan las paredes con los cuadros en blanco y negro. Soldados haciendo guardia en la entrada de la biblioteca, los cuerpos de estudiantes regados sobre la plaza principal, unos guardias llevando a un hombre encapuchado a uno de los laboratorios de física. La estatua de la cinta y los anillos se puede ver en el fondo. Para entender de qué manera mi padre pudo estar envuelto en medio de todas las controversias y operaciones secretas de la dictadura, tenía que volver a la universidad.

Conocí a Nicolás cuando estaba perdida en mi clase de estadística. Pensé que, al estudiar historia, yo nunca tendría que lidiar con los números, pero ninguna de las humanidades se salvaba de un semestre en el que se trabaje con gráficas, desviaciones estándar y no sé qué más. Lo conocí en esa clase y de inmediato supe que aquello no era suficiente para él. Ahora da clases en las mismas aulas que mi padre, asesorando artículos y con varios reconocimientos colgando en su oficina. Nicolás se había convertido en la joven promesa de la institución. Acordamos vernos en una de las muchas mesas al aire libre, entre los jardines, donde más de una vez me ayudó con los interminables ejercicios de matemáticas.

—Quiero entender el trabajo de Enrique Caldera —dije, poniendo algunos de los libros que escribió sobre la mesa—.

Pensé que sería capaz de entender su trabajo si me concentraba lo suficiente, pero no es así. Necesito tu ayuda.

—Jamás creí que te interesaría la topología. —Me dijo mientras hojeaba los libros—. ¿A qué se debe este interés?

Fui muy cautelosa de sacar cualquier papel con sus notas originales de entre las páginas. No quería que supiera que era mi padre.

—Bueno, yo... Estoy haciendo una investigación acerca de su vida. Y no creo que pueda hacer un buen trabajo si no entiendo las matemáticas con las que trabajaba.

—Estas son matemáticas muy complejas —dijo sonriendo—. Entre menos números veas, más complejas son. Esto no es como la clase de estadística. Va a tomar más tiempo.

—No importa —le dije de inmediato—. Quiero saber. Además, por eso vine contigo. Confío en que puedas explicar de tal manera que mi cabecita pueda entenderlas.

Nicolás rió y asintió. —Está bien, está bien, iremos paso a paso. Empezaremos por los fundamentos y lentamente nos iremos a las ideas más abstractas.

Después de hojear los libros mientras yo temía que encontrara cualquier indicio de que esos libros le pertenecieron a mi padre, me volteó a ver a los ojos y me dijo:

—Ay Nadia, echaba esto de menos.

Nos juntábamos cada miércoles cuando terminaba de dar clases. A veces lo notaba cansado, sabía que no había dormido por sus ojeras. Pero siempre sonreía al verme y estaba emocionado por presentarme el nuevo material que había preparado para mí. A veces sentía que se esforzaba más

en enseñarme sobre espacios euclidianos y transformaciones lineales que los temas que enseñaba en sus clases.

—Es que la topología es fascinante —me decía—. Lástima que se ha vuelto tan poco popular. La universidad está considerando eliminar la asignatura.

—¿Por qué?

Volteó a ver la estatua de la cinta y los anillos. Un grupo de estudiantes se estaba manifestando frente a ella.

—Varios académicos de la universidad trabajaban con los militares durante la dictadura. Incluido Caldera. —Me contó Nicolás—. No lo entiendo, le dedicó su vida a la topología, él solo lidiaba con espacios y dimensiones abstractas que de ninguna manera podrían hacer daño a nadie. A diferencia de los electrodos que usaban para torturar prisioneros y opositores.

—¿En los laboratorios de física?

Nicolás suspiró y asintió.

De niña le pedía a mi padre que me llevara a la universidad porque quería conocerla, porque quería ir a la misma escuela donde él iba a aprender. Quería entender de qué trataban todos esos libros con esos dibujos con fideos retorcidos y símbolos que parecían sacados de jeroglíficos egipcios. Él solamente me decía que no podía llevarme. No fue hasta mucho después que me enteré de que los militares restringían el acceso a la universidad, que los estudiantes tenían permitido recorrer una muy reducida parte del campus, y que el contenido de las asignaturas era estrictamente revisado por el régimen para vetar cualquier idea de corriente socialista o que se opusiera a las ideas del partido.

—No tiene sentido, la topología no es capaz de torturar o reprimir gente. ¡Los matemáticos no tienen la culpa!

Aquellas protestas lo alteraban. Admiraba el trabajo de mi padre como nadie más. Nuestras conversaciones se volvieron más largas con las semanas y eventualmente las mesas y bancas de la universidad se nos hacían incómodas. Nos empezamos a reunir en un pequeño café que sólo él conocía, escondido en el segundo piso de una plaza comercial. Ahí me contó cómo una taza de café y una rosquilla eran topológicamente idénticas, porque ambas tenían un agujero. También recuerdo cuando lo visité al aula donde impartía su última clase del día. Se puso tan nervioso que no pudo terminar la demostración que le estaba presentando a sus estudiantes por casi una hora.

Ya había atardecido y Nicolás estaba en el mostrador esperando las tazas que había pedido para nosotros. La alfombra verde oscuro y la ausencia de ventanas le daban al café una atmósfera de intimidad, como si ahí se contaran secretos. Las lámparas incandescentes apenas si permitían leer los libros de matemáticas. Pero Nicolás se sentía más cómodo ahí que en la universidad. No podíamos quejarnos, y el café era delicioso.

—Bueno, creo que ya estás preparada para empezar a acercarte a la cuarta dimensión —me dijo, poniendo las tazas sobre la mesa.

—¿La cuarta dimensión? ¿Espacio y tiempo? Esas cosas me revuelven la cabeza. ¿Apenas estoy entendiendo las matemáticas y ahora quieres enseñarme sobre física?

—La física de Einstein no tiene nada que ver con esto. La cuarta dimensión de la que te quiero hablar es muy diferente a esa.

—Muy bien, ¿entonces qué es la cuarta dimensión?

—Es a lo que Caldera le dedicó los últimos años de su vida. Decía que nuestras mentes tenían la maravillosa capacidad de entender y fascinarnos por cosas que nunca habíamos visto en el mundo real, como el infinito, los números imaginarios, o la cuarta dimensión.

Era admirable la manera en que Nicolás veneraba a mi padre. Jamás había escuchado a nadie hablar así de él.

—Caldera decía que para entender cómo la tercera y cuarta dimensión interactúan, primero hay que entender cómo la segunda y tercera dimensión lo hacen.

Nicolás sacó hojas de papel y un bolígrafo de su maletín. Al principio pensé que iba a empezar a escribir ecuaciones, pero sólo cortó las hojas en cuadritos pequeños y comenzó a dibujar figuras simples en ellas: cuadrados, círculos, y triángulos. Después, los regó sobre la mesa.

—Imagina que esta mesa es un mundo de dos dimensiones —me explicó mientras deslizaba las figuras por la mesa—. Estas figuras se pueden mover de izquierda a derecha, hacia enfrente y hacia atrás, pero no hacia arriba ni abajo. Es decir, no pueden mirarte, ya que tu cabeza está sobre ellos. Solamente se pueden mover en dos dimensiones.

Asentí, hasta ahora todo parecía tener sentido. Luego dibujó un corazón y un garabato dentro de uno de los cuadrados.

—Por ejemplo, este cuadrado tiene un corazón y unos intestinos, pero su amigo triangular no sería capaz de verlos. Los seres bidimensionales solamente pueden percibir el mundo en una dimensión.

—El triángulo vería al cuadrado como una línea —intuí.

—¡Exacto! Al igual que nosotros, que vivimos en tres dimensiones, sólo percibimos el mundo en dos dimensiones. Yo no puedo saber lo que ocurre fuera de este café sin salir de él. Y nosotros, que somos seres de una dimensión superior para el cuadrado y el triángulo, somos capaces de ver lo que hay en el interior de ellos.

Viendo al cuadrado y al triángulo, me di cuenta de que eran seres totalmente planos que parecían no esconder muchos secretos. Le pregunté a Nicolás si la existencia en dos dimensiones no sería un poco aburrida e inconveniente. Él solamente se rio.

—¿Y tú crees que un hipotético ser tetradimensional no pensaría lo mismo de nuestro mundo? Para ellos nuestras tres dimensiones serían tan limitantes como esta mesa plana lo es para nosotros.

Fue ahí cuando consideré la posibilidad de que tanto Nicolás como mi padre estaban locos. Aquello no eran matemáticas, sonaban a tonterías. Me tomó unos segundos entender qué significaba tetradimensional. Recordé que el tetraedro de mi padre tenía cuatro lados y todo recobró el sentido; se trataba de una palabra para referirse a las cuatro dimensiones de una manera formal.

—¿Crees que estoy loco? —Me preguntó Nicolás—. Aunque no lo creas, estas son matemáticas. Es lo bonito de las matemáticas, no se limitan a las leyes de la naturaleza, sino a la grandeza de nuestros pensamientos.

—No, no estás loco —dije de inmediato—. Creo que tiene sentido.

Continuó con su explicación. Tomó otra hoja de papel, y comenzó a trazar los planos de una casa. Dibujó las paredes, algunas puertas, y hasta unos muebles. Pero no dibujó sillas ni alfombras, porque era imposible sentarse en dos dimensiones ni descansar los pies sobre una suave y mullida alfombra de lana.

—¿Qué le falta a esta casa?

Después de ver los planos por unos segundos, me di cuenta de que podía ver absolutamente toda la casa. No había ningún secreto.

—Le falta un techo, aunque eso es imposible en dos dimensiones.

—Así es, los seres bidimensionales no tienen techo, no porque no quieran construirlo, o porque no sepan cómo, sino porque simplemente no pueden concebir la idea de un techo. Para ellos, están perfectamente protegidos del exterior.

Comencé a pensar cómo funcionaría una sociedad bidimensional, una ciudad entera trazada sobre papel. No podía concebir la idea de que a ninguno de los habitantes de ese mundo plano se les ocurriera la idea de mirar hacia arriba o abajo. Pero Nicolás tenía razón. No eran capaces de hacerlo ni de imaginarlo.

—Ahora piensa en un ser de cuatro dimensiones viendo nuestro mundo. Ellos se preguntarían por qué no tenemos una pared que nos proteja en una dirección que ellos pueden ver perfectamente, pero que nosotros somos incapaces de concebir. Y no solo nuestros edificios: nuestra ropa, esta taza de café, este maletín, nuestra propia piel. Seríamos como un libro abierto para ellos.

—Carajo. —Fue lo único que pude decir.

Nicolás recogió los trocitos de papel, los guardó en su maletín y se despidió de mí, como si nada hubiera pasado, como si no hubiera reventado mi cabeza en mil pedazos.

—Creo que eso fue todo por hoy. Te veo en una semana, aquí mismo, a la misma hora.

Por primera vez en mi vida me pregunté si estaba siendo observada por seres de una dimensión superior. Mientras me bañaba y mientras intentaba dormir, por más que me envolviera en mis sábanas no podía dejar de pensar que mi piel y mis entrañas estaban completamente expuestas para esos seres hipotéticos que mi limitado cerebro tridimensional no podía percibir.

Una semana después, llegué al café un poco tarde. Nicolás no estaba ahí. Esperé un par de horas y al final tuve que irme, decepcionada y algo confundida. Estaba tan emocionada por seguir aprendiendo sobre la cuarta dimensión que comencé a olvidar por qué estaba haciendo todo eso. Nicolás tenía razón. Esos temas eran tan abstractos, tan hipotéticos, que no tenían ninguna otra utilidad además de despertar la mente y provocar crisis existenciales. No eran capaces de dañar a nadie. Al día siguiente fui temprano a la universidad para buscar a Nicolás. Probablemente tuvo que quedarse en su oficina hasta tarde. Trabajaba mucho, lo podía ver en sus ojos y en el poco cuidado que le daba a su ropa y a sus notas. No lo vi en su oficina ni en las aulas donde solía dar clase.

Regresé al café por la tarde, esperando su llegada. Comenzaba a preocuparme. Le había preguntado a algunos de sus estudiantes si lo habían visto. Me dijeron que era el tercer día que no llegaba a dar clases.

—Perdón por no poder venir el día de ayer.

Escuchar su voz a mis espaldas me quitó un enorme peso de encima.

—¿Qué pasó?

—Mucho trabajo ayer y hoy. No tienes idea; tuve que quedarme hasta muy tarde después de clases.

No dije nada al respecto.

—Espero que hayas descansado lo suficiente. —No quise preguntarle por qué había mentado.

—Entonces, ¿estás lista para seguir aprendiendo sobre la cuarta dimensión?

—Más que lista.

Esta vez yo le invité el café. Mientras esperaba a que el barista preparara nuestras tazas, vi a Nicolás sacar todos los papelitos con figuras geométricas dibujadas en ellos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —Le pregunté después de sentarme.

—Vamos a experimentar con la segunda y tercera dimensión. Es una práctica que me gusta hacer con mis estudiantes.

—¿Les has hablado también sobre la cuarta dimensión?

—A veces, pero creo que nadie ha demostrado tanto interés como tú.

Después de escuchar aquello solamente miré abajo y sonreí. Tal vez me sonrojé.

—¿Qué experimentos vamos a hacer? —Dije mientras jugaba con las figuras geométricas, deslizándolas sobre la mesa.

—Recuerda que estos seres bidimensionales no conocen la tercera dimensión. ¿Qué clase de movimientos pueden realizar?

Deslicé las figuras por la mesa y les di vueltas, sin despegarlas de la madera, claro, porque entonces estarían viajando a una dimensión superior. Tampoco podía permitir tener dos figuras una encima de la otra, porque entonces estarían ocupando tres dimensiones.

—Sólo pueden moverse y girar ya sea a favor o en contra de las manecillas del reloj —concluí.

—Correcto, sólo esos dos tipos de movimiento son posibles. Pero tú eres un ser tridimensional, ¿qué clase de movimientos puedes realizar con las figuras que éstas no puedan?

—Bueno, si las puedo despegar de la mesa, puedo moverlas arriba y abajo, o hacerlas girar así.

Nicolás se alegró al ver que comenzaba a entender cómo la segunda y tercera dimensión interactuaban.

—Imagina lo aterrador que debería ser para esas figuras moverse en una dirección que ni siquiera pueden imaginar. Ahora, imagina que giro este triángulo de manera que quede en una posición vertical.

Tomó al triángulo, al que le había dibujado un corazón e intestinos en forma de fideos, y lentamente lo introdujo en una pequeña grieta que había en la madera.

—Acabo de tomar este triángulo, lo he girado en una dirección la cual no es capaz de comprender, y lo he vuelto a introducir al plano bidimensional de donde proviene —dijo, y acercó un cuadrado al triángulo—. ¿Qué es lo que vería este cuadrado?

Antes de decir cualquier cosa me puse en los zapatos del cuadrado (aunque los seres bidimensionales no pudieran usarlos). El triángulo estaba atravesando el plano bidimensional,

pero no del todo; más bien, ahora sólo una sección del triángulo residía en él. En esta disposición, el cuadrado vería una línea que expone una sección unidimensional de las entrañas del triángulo.

—Dios mío —murmuré. Era exactamente lo mismo que las radiografías de mi madre.

—Imagina lo perturbador que sería ver a tu amigo triangular reducirse a una sola línea que expone su interior. —Hizo las figuras a un lado y tomó otra hoja de papel—. Este es otro experimento.

Recortó los bordes de un cuadrado con tijeras y colocó varios círculos en su interior.

—Este es el banco más grande del mundo bidimensional. Aquí se guardan muchísimas monedas de oro, y como puedes ver, nadie puede acceder a su interior. Pero tú y yo somos seres tridimensionales, y no solamente podemos ver lo que hay en su interior.

Levantó uno de los círculos y lo colocó afuera del cuadrado.

—Imagina lo mismo ocurriendo en cuatro dimensiones. Una mano invisible desapareciendo las reservas de oro del país, y haciéndolas aparecer en otro lugar sin ningún rastro. Para los seres tetradimensionales somos completamente vulnerables. No solamente pueden ver nuestro interior, pueden manipularlo.

—Me estás asustando. No pude dormir la otra noche pensando que estoy siendo observada por entes que ni siquiera puedo ver.

Nicolás se echó a reír. —Tranquila. La cuarta dimensión son matemáticas recreativas. No tenemos evidencia de que existe.

—¿De la misma forma que los seres bidimensionales no tendrían evidencia de que existe la tercera dimensión?

Su sonrisa se desvaneció. —Buen punto. Oh, hay una cosa más.

Sacó un plumón grueso y dibujó la letra S. La tinta se había filtrado hasta el otro lado del papel.

—La letra S ha vivido toda su vida en las dos dimensiones, hasta que un día, un ser tridimensional, curioso por el mundo plano, levanta a la letra S, la estudia dándole vueltas y analizando su interior, y porque no es un ser cruel la regresa al plano de donde había venido.

Nicolás volvió a poner la letra S sobre la mesa. Pero ya no parecía la letra S, más bien, se asemejaba a la letra Z, o al número dos.

—El ser de tres dimensiones, sin darse cuenta, había invertido a la letra S. Para él es un movimiento trivial, pero imposible para la letra S. Ahora todo su mundo ha sido invertido. Su izquierda es su derecha, y sin importar cómo se mueva o gire, jamás volverá a ser la letra S. Su quiralidad cambió para siempre.

—¿Quiralidad? ¿Qué es eso? —le pregunté.

Tomó mis manos y me miró a los ojos.

—Tu mano izquierda y derecha son quirales. Por ejemplo: sin importar cómo muevas o gires esta mano —dijo, mientras apretaba gentilmente mi mano izquierda—, no puedes hacer que se asemeje a tu mano derecha.

Si Nicolás fuera un ser tetradimensional habría notado lo rápido que mi corazón latía. Pero algo me decía que no necesitaba serlo para darse cuenta de que me había enamorado.

Comenzamos a salir, ya sea en el mismo café donde me ayudó a desenmarañar los secretos de la cuarta dimensión, o en los jardines de la universidad en la que alguna vez fuimos estudiantes. Y claro, unas semanas después tuve que confesarle que Enrique Caldera era mi padre. Ya no podía ocultar ese secreto.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Pensé que me tratarías diferente si sabías que era la hija de uno de los matemáticos que más admiras.

—Probablemente, creo que sí lo hubiera hecho. —Se rascó la barbilla—. Me hubiera encantado conocerlo.

Me recliné en su hombro y suspiré. —Creo que lo conoces mejor que yo. Jamás se sentó a explicarme las matemáticas con las que trabajaba como tú lo hiciste.

Unos meses más tarde rentamos un departamento cerca del campus. Él seguía dando clases de matemáticas y yo entré como profesora suplente de historia. Fue una sensación extraña estar del otro lado del aula, con todas esas miradas atentas a cada palabra que dices. Aprender se me daba bien, pero enseñar... No estaba segura. Mi trabajo como profesora me hizo abandonar poco a poco mi proyecto de investigación familiar hasta que decidí dejarlo por completo. Después de todo, había cosas más importantes que aprender acerca del pasado de mi país. Si mi padre alguna vez trabajó con los militares, el espacio tetradimensional parecía no tener impacto alguno, a diferencia de las facultades de ciencia, donde estaban los laboratorios de química y medicina. En el archivo nacional se exhiben algunos de los instrumentos que se usaron en contra de presos políticos

y manifestantes. La mayoría todavía tienen marcado el sello de la universidad.

Vivir con Nicolás me ayudó a entender lo estresante que era su trabajo, o al menos creía que lo era, pues había noches en las que no llegaba al departamento y lo encontraba en la universidad al día siguiente, con la mirada perdida en el espacio. Otras veces se levantaba en medio de la madrugada y se iba a trabajar al pequeño estudio que tenemos. No fue hasta esa terrible noche que entendí el profundo dolor que guardaba dentro, el mismo que lo impulsaba a trabajar con tanto esmero para olvidarse de él.

Sus patadas y manotazos me despertaron en medio de la noche. Lo vi sollozar en silencio, envuelto en las sábanas llenas de sudor, llorando y llamando a su madre como un niño. Me quedé petrificada, sin saber qué hacer, mientras sufría encerrado en aquella pesadilla. Su grito me obligó a reaccionar y me abalancé sobre él para abrazarlo y calmar sus espasmos.

—¡Mamá! ¡Suelten a mi mamá! ¡No se la lleven!

—¡Nicolás! ¡Tranquilo!

—¡Papá! ¡No! ¡No le peguen!

Lo abracé tan fuerte como pude y lo sacudí hasta despertarlo. Las manos le temblaban y apenas si podía hablar. Lloró a mi lado toda la noche, y se quedó acostado el resto del día, sin siquiera moverse. Tuvo que pasar un día antes de que se atreviera a hablarme.

—No quería que me vieras así. Creí que podía ocultarlo.

—¿Desde cuándo tienes esas pesadillas?

—Desde que era niño. Desde que me fui a vivir con mis abuelos luego de que los soldados se llevaron a mis padres.

Me contó sobre la noche en la que los soldados entraron a su casa, golpeando la puerta hasta tumbarla. Destruyeron todos los muebles y se llevaron a sus padres por la fuerza. El régimen los había identificado como enemigos del estado a causa de las protestas a las que asistían, exigiendo el fin de la dictadura. Me contó que no solamente eran las pesadillas lo que lo atormentaban, eran esos pensamientos oscuros que se manifestaban en su cabeza en medio de la clase, mientras comía, mientras leía un libro. Repetía en su cabeza aquella terrorífica escena e imaginaba lo peor.

Me partía el corazón verlo así, avergonzado de su sufrimiento. Lo peor era la enorme diferencia que había en nuestra experiencia durante la dictadura. Yo había escuchado cosas, sobre las protestas, los toques de queda, pero nada que me haya dejado secuelas durante años. Me di cuenta que, como sociedad, nos martirizamos al ocultar nuestras penas, queriendo olvidar lo que alguna vez pasó, sonriendo y mirando hacia el futuro, mientras lidiamos con nuestras batallas en silencio.

Aquello me hizo retomar mi investigación familiar. Tal vez yo no había sufrido tanto como Nicolás, pero no quería quedarme callada. Ya no estaba haciendo esto por mí, sino por Nicolás, y todas aquellas personas que todavía buscan respuestas. Decidí entonces enfrentarme a la única persona que podía ayudarme a entender mejor a mi padre.

—Ay hija, ¿para qué quieres saber esas cosas? Eso ya se quedó atrás —me dijo, como siempre lo hacía cada vez que le preguntaba sobre aquellos años. Divagaba mucho, hacía el tema a un lado, o lo minimizaba. Me había dado por vencida. Creía

que de mi madre no podría aprender nada sobre el pasado. Pero después de lo ocurrido con Nicolás, volví a insistir.

—Porque quiero saber qué pasó. Quiero saber qué fue lo que hizo mi padre.

—Tu padre fue el matemático más brillante del país, era de esperarse que los militares recurrieran a él en ocasiones.

—¿En serio? ¿Quieres que crea que los militares iban con mi padre para que les diera clases de álgebra? Tiene que haber algo más. Por favor, dime qué fue lo que pasó de verdad.

Mi madre, sentada en la silla de su habitación, mirando hacia el pequeño patio, suspiró.

—Fue un pequeño proyecto de investigación que tu padre y un físico inglés comenzaron en la universidad, no mucho antes del golpe de estado. Cuando la junta tomó el poder y le quitó la autonomía a la universidad, se interesaron por el proyecto de tu padre.

No se atrevía a mirarme a los ojos. En su lugar veía a los gorriones que llegaban al patio a picotear la tierra.

—Hija, esas fueron cosas horribles. No tienes que saberlas. No quiero que las sepas.

Le di la vuelta a su silla y puse mis manos en sus hombros. Me temblaban los dedos y no sabía por qué. Mi madre sólo miraba hacia abajo.

—¡Mamá! Tú querías que estudiara filosofía, ¿y ahora me dices que no merezco saber? ¿Que no puedo saber la verdad? ¿No es eso lo que busca la filosofía y la historia? ¿Conocer la verdad y el pasado por más que duela y no queramos aceptarlo?

No tenía más a dónde ir. Levantó la mirada poco a poco, para dejarme ver las lágrimas en sus ojos, y luego rompió en

llanto. Lloró sobre mi hombro, pidiéndome perdón una y otra vez, porque tuvo que morderse la lengua todos esos años para cumplir la promesa que le había hecho a mi padre. No querían que me enterara de las cosas que él hizo para mantenernos a salvo del régimen. Veía cómo las familias de los colegas que rechazaban colaborar con los militares eran desaparecidas; no quería que nos pasara lo mismo.

Se levantó y abrió las puertas de su armario. De un pequeño cajón que ni yo sabía que existía sacó una caja de cartón.

—Le prometí que me desharía de esto si llegara a fallecer antes que yo. Pero mi conciencia no me lo permitió. Podía ocultar la verdad, pero no destruirla.

Me encerré en mi habitación y abrí la caja. Quería saber a lo que me estaba enfrentando antes de hablar con Nicolás. Había varias fotos de mi padre, sonriendo, en varios puntos emblemáticos de la ciudad, junto con quienes parecían investigadores extranjeros. Nada fuera de lo común, hasta que encontré la foto que celebraba la inauguración de la estatua de la cinta y los anillos, con decenas de investigadores frente a ella, y flanqueados por gente con uniforme.

Había muchas cartas, anotaciones, garabatos y reportes escritos con máquina de escribir. Algunas hojas parecían estar escritas al revés, y unas radiografías a color me revolviéron el estómago. Eran tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Hasta que vi un sobre viejo con mi nombre escrito en él. Lo abrí y empecé a llorar cuando me di cuenta de que era una carta de mi padre dirigida a mí.

Nadia:

Siempre supe que tú serías quien haría las preguntas difíciles. No solamente sobre matemáticas, que me hubiera gustado enseñarte, sino también sobre mi pasado.

Lewis Clayton, un brillante físico inglés, visitó el país para discutir conmigo sobre la cuarta dimensión. Quedó tan cautivado que con la pequeña fortuna que hizo desarrollando métodos de fabricación de fármacos, compró una lujosa casa en las afueras de la ciudad, y venía a mi oficina cada semana para hablar sobre las matemáticas de la cuarta dimensión. En uno de los experimentos que él había realizado, logró invertir la quiralidad de una sustancia química sometiéndola a pulsos y frecuencias específicas de radiación electromagnética. Yo sugerí, bromeando, que eso era evidencia de que era posible manipular la materia en la cuarta dimensión. Clayton quedó cautivado. Comenzamos un proyecto en el que él desarrollaría la tecnología y yo la matemática para lograr manipular la cuarta dimensión. Fueron meses apasionantes.

Hicimos las primeras pruebas con objetos pequeños, como lápices y monedas. Los primeros intentos fracasaron, pues hicimos desaparecer algunos lápices y cigarrillos. Deduje que se habían trasladado fuera del espacio que conocemos, perdidos para siempre. Pero en los experimentos siguientes logramos mover materia fuera del espacio tridimensional y hacerla volver. Hasta logramos invertir la quiralidad de una moneda, reflejándola como un espejo.

Habíamos desbloqueado una cuarta dirección de movimiento. No hacia arriba ni abajo, ni izquierda ni derecha, ni adelante ni atrás. En ese entonces escuchaba de los últimos avances en el desarrollo de la tecnología de la tomografía

computarizada, y le sugerí a Clayton probar esta tecnología con seres vivos. Trasladaríamos parcialmente el cuerpo de un ratón en la cuarta dimensión, permitiéndonos ver su interior. Lewis creyó que aquello acabaría cortando al ratón por la mitad, pero aún así aceptó. Después de refinar la resolución y potencia de su instrumento, logramos exponer la caja torácica de un ratón. Vimos sus pulmones llenarse y vaciarse de aire, una vivisección sin bisturí ni dolor. No lo estábamos viendo a través de una pantalla, sino en carne propia. El ratón dormía y comía con normalidad mientras las antenas que rodeaban su jaula hacían lo que parecía ser magia.

Pasamos los meses siguientes experimentando con ratones, maravillados con el detalle que podíamos obtener al manipular seres vivos en cuatro dimensiones. Todas esas hipótesis sobre seres tetradimensionales se habían convertido en una realidad. Observamos el proceso respiratorio, circulatorio y digestivo con sumo detalle. Nuestra tecnología podía realizar cortes transversales en cualquier dirección, permitiéndonos ver el movimiento de la comida a través del esófago, y el de la sangre a través del corazón. Al principio creíamos que el ratón se desangraría al exponer sus arterias, pero la sangre simplemente desaparecía, fluyendo hacia el espacio tetradimensional, y regresaba por las mismas venas.

Clayton, fascinado por la cantidad de detalle que podían obtener, me propuso utilizar el instrumento para observar el cuerpo humano. Aquello sonaba fascinante. Observar los procesos del cuerpo humano en tiempo real, con una calidad que ninguna máquina de rayos X puede lograr.

En los últimos años de la dictadura, el ejército entró a la universidad para tomar el control de la institución. Tenían mucho interés en los proyectos de investigación que se estaban llevando a cabo. Exhibí con orgullo nuestros avances, ejemplificando las aplicaciones en el área de la medicina observando el proceso de gestación de un ratón. Manipulamos su vientre en cuatro dimensiones para exponer a la pequeña criatura a los ojos de los militares.

Nos permitieron continuar con nuestra labor, a diferencia de otras facultades cuyas ideas consideraban radicales y en contra de los ideales del partido que estaba en el poder. Clayton y yo trabajamos a altas horas de la noche. Pude ver cada una de las capas que conformaban mi mano, exponiendo la piel, los músculos y hasta los huesos.

Pero como seguramente ya sabes, las cosas afuera de la universidad, de la cual casi no salía, empeoraron. Fue en uno de los muchos toques de queda, cuando las líneas telefónicas dejaron de operar, que uno de los guardias afuera del laboratorio colapsó de dolor. Se quejaba de un fuerte dolor en su abdomen, y lo primero que pensé fue en examinar su cuerpo en cuatro dimensiones. Lewis colocó el instrumento sobre su abdomen y, utilizando las innumerables perillas del panel de control que construyó, logramos observar parte de su intestino. Apendicitis. Busqué a un practicante de medicina y realizamos una operación de emergencia: extirpamos el apéndice sin realizar ninguna incisión en la piel.

Ahí fue cuando Lewis y yo nos dimos cuenta de que no solamente podíamos observar el interior de los objetos tridimensionales. Podíamos manipularlos también. Declararon

nuestro proyecto un asunto de seguridad nacional. La vigilancia alrededor del laboratorio aumentó. Querían saber todo acerca de la tecnología.

Fue entonces cuando los prisioneros empezaron a llegar. Golpeados, hambrientos, apenas con vida. Creí que nuestra tecnología no podía causar daño alguno, pues no cortaba la materia como un cuchillo, sino simplemente la movía al espacio tetradimensional. Pero jamás pude predecir el uso que la dictadura le daría.

El terror de ver tus propias entrañas, de ver tus extremidades desaparecer y ver la carne viva era suficiente para volver loco a cualquiera. Moribundos por el dolor tras días de tortura, realmente creían que estaban siendo desollados. Los que eran liberados contaban historias de terror sin ninguna cicatriz que demostrara sus experiencias. Pero no podía detenerme. Sabía que era demasiado valioso para el régimen, y que harían lo que fuera para no abandonar mi trabajo.

Lewis, que no tenía familia en el país, se negó a continuar con los experimentos. No soportaba los gritos de terror ni el sufrimiento. Al no querer colaborar con el proyecto, los militares lo encerraron.

No supe que había sido de él hasta unas semanas después, cuando uno de los generales que había visto las monedas que reflejamos me pidió hacer lo mismo con Lewis. Él y yo habíamos discutido los efectos de invertir la quiralidad del cuerpo humano, y pactamos no realizar reflexiones en ningún ser vivo. Pero cuando se trataba de órdenes de los militares, no tenía otra opción.

Utilicé el instrumento que Clayton había creado para transportarlo a la cuarta dimensión, reflejarlo, y traerlo de vuelta a la celda. Era como si se hubiera reflejado en un espejo. Aterrado, me dijo que todo estaba al revés. El general le pidió que levantara su mano derecha, y él levantó la izquierda. Clayton era zurdo, pero escribió su nombre con la mano derecha después de que el general se lo pidiera. Utilizamos un espejo para poder leer lo que había escrito.

Estábamos conscientes de esos efectos, pero era lo que menos me preocupaba. Clayton pronto aprendió a interpretar el mundo reflejado que estaba experimentando. Había perdido peso desde que fue encerrado, y todo empeoró después de su reflexión. Vomitaba la comida que le daban, no podía digerir nada más que agua. Aquello tenía una explicación sencilla. La quiralidad de todas las moléculas de los seres vivos es la misma, desde las azúcares, hasta las enzimas y aminoácidos. Clayton tenía una quiralidad diferente. Su química era incompatible con la nuestra.

Le pedí al general ofrecerle comida reflejada para mantenerlo con vida, pero él se negó. Aquello era simple tortura. Su familia en Inglaterra le pidió al país liberarlo, y el ejército lo hizo. Regresó a Inglaterra con severa desnutrición, y falleció a los pocos días.

El estado no estaba interesado en utilizar la tecnología para la medicina. Y yo fui un matemático ingenuo e idiota al creer que la dictadura haría el mejor uso de la tecnología y las matemáticas que habíamos desarrollado. Estaba emocionado por darle al mundo la posibilidad de estudiar el mundo en cuatro dimensiones.

Sólo espero que me perdones, y que sepas que mi único objetivo fue protegerte a ti y a toda nuestra familia. Cuando el partido comenzó a perder poder, cuando se acercaba el fin de la dictadura, destruí aquella horrible máquina y escondí la evidencia. No quería volver a pensar en la cuarta dimensión. Quiero olvidar que todo esto alguna vez pasó.

Rompí en llanto después de leer la carta, no sé si de rabia al saber que mis padres me habían ocultado la verdad, o de tristeza al darme cuenta de las decisiones que mi padre tomó para protegernos. Me pregunté si de verdad había valido la pena todo el sufrimiento que causó. El país tenía que enterarse de todo eso.

Me alegré al saber que Nicolás y yo teníamos la misma idea en mente. No podíamos guardar silencio. Aunque el diseño de la tecnología no estaba en la caja de evidencia que mi madre me dio, sabíamos que si el testimonio de mi padre se volvía público, era cuestión de tiempo para que alguien construyera otro manipulador tetradimensional. No podíamos ocultar la tecnología porque eso también ocultaría el terrible uso que se le dio.

Tardamos semanas en preparar toda la evidencia, y meses en prepararme mentalmente para visitar el lugar en donde estoy ahora. El Archivo Nacional del Terror, la institución que tiene como misión recuperar la memoria, en busca de la verdad y la justicia sin importar qué. A mis treinta y tres años creo que finalmente entiendo el verdadero significado de este sitio.

Nicolás se interesó por la escritura poco tiempo después de que nos fuimos a vivir juntos. A veces escribe para expresar ese

dolor que llevaba dentro y que no podía compartir con nadie, y otras veces me escribe poemas de amor. Tras leer la carta de mi padre y verme llorar desconsolada, después de que supe las cosas que había hecho durante la dictadura, me escribió un poema, creo que para darle un mejor propósito a la tecnología con la que mi padre trabajó:

El amor en cuatro dimensiones

No hace falta quitarse la ropa para hacer el amor en cuatro dimensiones,

porque así como uno puede estudiar el interior de una casa al ver sus planos arquitectónicos,

el cuerpo humano se convierte en un libro cuyas fibras se pueden tocar como si de páginas se trataran.

Puedo ver a través de tu piel, ver tus músculos tensarse,

las venas dilatándose cuando nuestros labios se encuentran,

tu diafragma haciéndote exhalar ese aire con el aroma del placer, todos esos movimientos que estuvieron ocultos finalmente se revelan en infinito detalle.

Tus manos entran en mi cuerpo tratando de abrazar el alma,

pero te encuentras con mis costillas que haces a un lado como si fueran de papel,

y ahí lo encuentras. Mi corazón desnudo, latiendo sin control.

Y al final de todo, cuando regresas a una dimensión inferior y las páginas del libro se cierran,

te das cuenta de que solamente habías amado como quien lee un libro sin abrirlo.

Las tres dimensiones se vuelven opresivas, insuficientes para expresar y experimentar los misterios del amor.

Martín Tirado (México). Desarrollador web y diseñador gráfico. Entusiasta de la divulgación científica y la ciencia ficción. Entre sus pasatiempos se encuentran las computadoras, la escritura creativa y la fotografía.

— — —

EL PAN DE CADA DÍA

JOSÉ RODOLFO ESPINOSA SILVA

Cuando el científico vio el arma se dejó caer en el sillón. Entre nosotros había una mesa de centro de madera clara con un par de revistas científicas y un cuaderno de notas.

—Supuse que vendrías. ¿Qué hay de mis guardias?

—Muertos —respondí. Las gafas térmicas me confirmaron que era la única persona dentro del apartamento.

—Comprendo. Pareces un profesional. ¿Cómo entraste? Se supone que es un sistema de alarma avanzado.

—Me dieron la llave. Nos observan ahora por las cámaras, pero no harán nada, no vendrá la policía, estás jodido. Parece que has hecho enojar a gente muy importante.

—Entiendo. Creí que... bueno, ahora sé que no es una teoría de la conspiración. —El científico chasqueó la lengua—. ¿Te gustaría una copa de vino primero?

—Puedo llevarme la botella cuando termine —apunté y coloqué mi dedo sobre el gatillo.

—No es lo mismo beber solo; una copa de vino cobra sentido cuando se comparte.

Él se levantó y me dio la espalda, dirigiéndose a la cocina. Lo seguí sin dejar de apuntarle. El lugar estaba ordenado.

Tenía muebles de melamina blanca con tiradores metálicos y encimeras de granito gris oscuro. Los electrodomésticos eran de acero inoxidable, sin demasiados lujos, pero prácticos: una cafetera, un microondas, una licuadora y una estufa de gas. Un pequeño reloj de pared y un calendario con marcaciones precisas colgaban cerca de la puerta.

—¿Qué clase de hombre le ofrece vino a su verdugo?

—Jesús... Dicen que el cura Hidalgo les obsequió dulces a quienes iban a fusilarlo.

Tomó un vino, el descorchador y un par de copas de los gabinetes superiores, y señaló con el índice la sala. Yo no dejé de apuntarle en ningún momento, hasta que me sirvió una copa. Olfateé y no bebí hasta que mi anfitrión lo hizo primero.

—Notas de frutas rojas, especias y un toque de madera.

—Tienes buen paladar —me dijo—. ¿Sabes de vinos?

—Muy poco, he aprendido una o dos cosas con mis últimos patronos. Cuando era niño jugaba con mi padre a que éramos ricos, cuando podíamos permitirnos jugo de uva, ambos fingíamos que era vino. —Tomé la botella, en la etiqueta se leía: Marqués de Riscal.

—¿Cómo está su padre?

—Muerto. —Dejé la botella en la mesa.

—¿Asesinado?

—Podría decirse. Lo mató la puta pobreza. Era chófer de una quesería de día (doce horas) y trabajaba en una fábrica por la noche. Metía todo el tiempo extra posible. Un día se quedó dormido manejando y el auto cayó a un canal.

—De modo que conoce la pobreza, ¿el hambre?

—Sí. —No me gustaba a dónde iba la conversación. Descubrí que había guardado la pistola en mi chaqueta. Di otro sorbo y volví a mostrar la pistola—. Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo. —Se bebió de golpe el contenido de su copa—. Odiaría que me matase un niño rico. Tú por lo menos entiendes.

—Viejo loco, ¿por qué lo hizo? Ellos buscarán la manera de deshacerlo, de prohibirlo, no es la primera vez que alguien hace un gran descubrimiento.

—¿Por qué lo hice? Te lo contaré. —Rellenó nuestras copas—. Lo más difícil es hallar de dónde arrancarlas. —Otro sorbo de vino—. Una imagen, un niño con las costillas sobresaliendo de su piel descarnada, los ojos sin brillo, hundidos en sus cuencas, los brazos huesudos levantados apenas, suplicantes. Y un puto guerrillero bebiéndose la sopa frente a él, ordenando a sus hombres armados llevarse la comida que pudiste robar de la casa de oración. Era la segunda vez que lo intentaba, y ahí, con la bota de otro guerrillero en la mejilla y la mejilla hundida en la tierra, vi al niño desplomarse. Su hermano mayor me vio con unos ojos que por muchos años me siguieron en sueños antes de retirar el pequeño cadáver con esfuerzo. Éramos ocho mil millones de habitantes en el planeta en ese momento, y aun así había suficiente comida para todos, siempre la hubo. Pero esa maldita necesidad de ser más que el otro.

—¿Le golpearon? Aquella vez.

—Casi me matan. Mira, aún me falta una muela.

Me incliné un poco para observar, mientras pensaba que le salió barato sólo perder una muela.

—Continua —le pedí.

—Adquirí un gusto por los cómics. Quienes hemos sufrido injusticias, asaltos, siempre terminamos por identificarnos con los héroes. Descubrí uno llamado *Superman: Peace on Earth*. Superman, el héroe más grande de todos, intentaba erradicar el hambre en la Tierra. Pero incluso él, con toda su fuerza, fallaba. Y entendí que el hambre no es un enemigo que puedas derrotar con la fuerza; es una enfermedad alimentada por la codicia y el egoísmo de quienes controlan los recursos. Si Superman... Ya sé, sé que no es real, aunque para serle sincero podemos no serlo nosotros también. El caso es que si alguien con súper poder no era capaz de erradicar el hambre, menos lo haría un simple mortal como yo....

Vi a mi padre amarrándome una de sus playeras rojas del uniforme a la espalda, alzándome en brazos, imaginé que así se sentía volar. Era un recuerdo enterrado. Mi paso como estaca y luego asesino profesional fue lento y había matado más de los que podía contar. Nunca olvidaré el primero. Un cura que andaba echando sermones contra el jefe de plaza. Él tampoco se asustó al ver el arma. Se arrodilló y comenzó a rezar, pero de un plomazo lo detuve a medio Ave María.

—...una forma barata y accesible para que cualquier ciudadano promedio pudiera clonar alimentos. Edición genética CRISPR, impresión 3D de alimentos. Imagina: un mundo donde no necesitas tierras fértiles, ni agua en abundancia, ni los caprichos de un clima que se vuelve más impredecible cada año. Solo un

pequeño laboratorio en casa y la habilidad de replicar comida, una y otra vez.

—Luego lo subiste a la red.

Él asintió.

—A pesar de que lo bajaron después de 230 minutos, suficientes personas lo vieron y guardaron como para que estuviera en todas las redes sociales al día siguiente.

Era la noticia de las últimas horas, estaba por todos lados.

—¿Y funciona?

—Te puedo mostrar. —Se dio la media vuelta justo cuando sonó mi teléfono. Lo puse en mi oreja.

—Hazlo ya —ordenó la voz del otro lado.

El científico no se volteó.

No tuve el valor de verle los ojos.

Antes de salir del departamento tomé las revistas y la libreta. Esta tenía una cita bíblica escrita: Juan 6, 9-13. La arranqué.

Esa noche, acostado en mi cama, mientras revisaba en mi cuenta de banco el nuevo depósito, recordé la cita. Saqué el papel de mi bolsillo y la busqué en internet:

«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?» Dijo Jesús: «Haced que se recueste la gente». Había en el lugar mucha hierba. Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron. Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: «Recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda». Los recogieron, pues, y

llenaron doce canastos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

José Rodolfo Espinosa Silva (Tamaulipas, México, 1990). Es Licenciado en Educación Primaria, escritor y columnista. Miembro del Gran Colisionador de Textos Especulativos y coeditor de la revista delatripa: narrativa y algo más desde 2020. Primer Lugar en el Noveno Concurso de Cuento Infantil CEAC 2022, Mención Honorífica en el Premio Nacional de Cuento “Gabriel Borunda” 2022. Becario del PECDA Tamaulipas en dos ocasiones (emisiones 23 y 25).

LA HISTORIA DE LA PRIMERA ORADORA

E. N. DÍAZ

Ishar estaba sentada a la sombra de un mesquite compartiendo un petate con su hijo mayor, Muon-Muon.

Por unos minutos madre e hijo se mantuvieron absortos en un letárgico silencio, de esos tan comunes en el verano del desierto. En el cielo florecían los azules y violetas del crepúsculo. Desde el cerro donde se encontraban las residencias comunales contemplaban la cuadrícula perfecta de la comunidad de Una-Ani Oká. Los edificios de adobe se mezclaban con la tierra rojiza, la vegetación espinosa y las palmeras imponentes adornaban aquí y allá las anchas calles.

La mayoría de los edificios eran cuadrados y chaparros, a excepción del edificio del Comité Central. Era una estructura circular de ladrillo cocido que parecía un pastel de barro seco. En la distancia el río Lome ardía con los últimos rayos del sol, discurriendo cual oro fundido. Sus aguas cristalinas alimentaban la feraz tierra de la comunidad desde hacía siglos. La belleza fulgurante de aquel atardecer hizo a Ishar suspirar.

El primer día de cada mes, Ishar dejaba a sus esposos e hijos en la comunidad de Una-Ani Oká para visitar las residencias

comunales en el cerro más cercano. Las residencias estaban abiertas a todos los que quisieran comulgar con el silencio y sumergirse en el Flujo con mayor privacidad. Por primera vez, Muon-Muon había decidido acompañarla, ignorando las protestas de sus hermanos. Él era quien inventaba los mejores juegos después de la cena, por lo que su ausencia sería una verdadera tragedia.

Después de unos instantes más de maravillada ingravidez, Muon-Muon carraspeó y habló:

—Mamá, podrías relatarme el Camino de la Primera Oradora, por favor. —Su voz seguía siendo dulce, aferrándose a la infancia. Aunque notó que se había engrosado después del invierno, como la miel calentada por el sol.

Ishar sonrió, el orgullo cosquilleando en su vientre. Después de la proliferación hace un par de años del Eco, un pequeño dispositivo oblongo del tamaño de un escarabajo, capaz de almacenar en su interior las historias pregrabadas de los Una-Ani, Ishar había temido por la supervivencia de su vocación. Su puesto oficial, expedido por el Comité Central, era como trabajadora de construcción. Pero su vocación era como Oradora. Ishar recitaba en reuniones y festividades comunales, como los solsticios de invierno y verano. Ella, y los demás Oradores de Una-Ani Oká, eran más que meros medios de entretenimiento; en ellos, en sus voces tan diversas, residía la memoria de toda su gente.

Era bien sabido que, cuando una historia se transmite de madre a hija, luego de hija a hijo y así sucesivamente, todas las pequeñas inconsistencias, las deliciosas discrepancias entre versiones, resaltan las texturas de las distintas voces de los

antiguos Oradores trayéndolas al presente. El Eco pretendía cambiar eso, allanar la memoria de toda la comunidad, haciendo del Comité Central los únicos custodios de la verdad. Pero la memoria de un pueblo vivía justamente porque era inexacta; no había manera de que una historia pudiera ser edificada por un individuo. Era imposible. Ishar era consciente de eso. Debido a esto, elegía no blandir su voz a la ligera; se hacía notar en sus relatos con todas sus subjetividades; se volvía otro personaje más dentro de la narración como la gente de la que hablaba.

Ahora, sin embargo, con el Eco lleno de las *versiones oficiales* de las historias de su pueblo gestionadas por el Comité Central, su reputación sufría. La gente —incluidos sus hijos— pensaba que ella sólo era una excéntrica mujer que disfrutaba con desviarse de la Verdad en sus presentaciones.

¡Nada sucedió como lo describes, mamá! Se quejaban sus hijos al comparar las versiones de Ishar con las producidas por el Comité Central. *Tus historias están llenas de mentiras; se contradicen. ¡Nunca son exactas!* Ishar les explicaba que todas las historias estaban llenas de mentiras y que, al final del día, una mentirosa como ella había tenido que alimentar con sus palabras al Eco para que pudiera repetir las. Eso sí: ninguna máquina podía crear como la gente, sin importar cuán práctico fuese traer aquel aparato en el bolsillo. Además, ni Ishar ni el Comité Central habían estado presentes cuando se desarrollaron los sucesos que narraban. Todos eran herederos de la memoria de su comunidad. El único testigo que sobrevivía hasta sus días era el viento. Su silencio le hablaba tanto a ella como al Comité Central.

Su razonamiento no convencía a sus hijos, y a veces se sentía frustrada y asustada por la facilidad con la que todos le daban la espalda a sus tradiciones y se dejaban deslumbrar por la innovación sin pensar en las consecuencias. Había rumores circulando entre los otros Oradores sobre una posible futura prohibición de su vocación, pero a Ishar le parecía absurdo. Nadie en Una-Ani Oká tenía la autoridad para hacer cumplir una orden tan cruel y sin sentido. Todo se decidía por medio de asambleas, con los miembros del Comité Central llegando a un consenso final.

A Ishar le preocupaba el creciente desdén hacia los Oradores, temiendo que aquello pudiese culminar con la erradicación de la práctica. El movimiento constante era uno de los principios derivados del Flujo y, para el Comité Central, eso significaba una búsqueda perpetua por innovar. Pero la innovación tecnológica no siempre ha sido señal de progreso.

En ese momento, Ishar se volvió hacia Muon-Muon con una gran sonrisa en su rostro. Desde el día anterior, lo había visto algo agobiado mientras escuchaba el Camino de Rone, la versión del Comité Central. De todos sus hijos, él era el que siempre la había escuchado con más atención. Ella pensaba —deseaba— que él también estuviera dispuesto a volver a la memoria su vocación. Se mantenía cautelosa. Era decisión del joven, no suya.

El Camino era la obra principal sobre la vida de la Primera Oradora. El Flujo era la composición poética que englobaba su filosofía de vida.

Ambas obras, como la mayoría de las historias de los Una-Ani, fueron transmitidas a través de la tradición oral, no

de palabras escritas. Los Una-Ani tenían una rica tradición escrita, pero era un arte secundario al antiguo arte de contar y memorizar historias. Si Ishar era honesta, el ver las historias, tan cercanas a su corazón como su propio nombre, aprisionadas en aquel cuadrado alfabeto la perturbaba. Era como reemplazar el río Lome con una ínclita pintura de éste; estático, antinatural.

Cuando Ishar recitaba el Flujo y las demás historias de su pueblo, podía sentir cómo su voz se unía al coro de miles de voces del pasado, incluida la de la Primera Oradora, cual gota regresa al río. Ese sentimiento de inmensidad la emocionaba y la aterraba a la vez. ¿Su voz era lo suficientemente buena como para formar parte de esa antiquísima canción?

Las luces alrededor del mesquite se encendieron, también las que bordeaban el camino que conducía de regreso a las residencias comunales donde estaban alojados. En la suave luz amarilla, Ishar vio a Muon-Muon hacer una mueca. La luz hizo resaltar sus altos pómulos y sus gruesos labios.

—El camino de la Primera Oradora fue largo, hijo. ¿Te comprometes a escuchar toda la historia? —Muon-Muon rehuyó su mirada. Jugaba con el dobladillo de su túnica marrón.

Ishar miró sus largos y delgados dedos pinchar la tela. La oscura piel de su mano izquierda seguía tersa, sin tinta, algo que cambiaría pronto si llegaba a escoger el mismo camino que su madre. Recién se había declarado niño, así que Ishar no quería obligarlo a apresurar otra gran decisión. Pero su mano libre de tinta la aterrorizaba. Se sentía como un presagio del olvido, la extinción.

—Me comprometo, —dijo Muon-Muon, asintiendo con firmeza, provocando que el corazón de Ishar se derritiera de

amor y orgullo. Muon-Muon aclaró su garganta y dijo, firme a pesar de los nervios: —Por favor, Madre. Cuéntame la historia de cómo ella deshizo a Dios y se unió al Flujo de la Vida.

Ishar, solemne, se enderezó y asintió, pero Muon-Muon seguía sin mirarla a los ojos. Tomó su mano. Las espiras negras que cubrían el dorso de su propia mano contrastaban con la límpida piel de Muon-Muon.

—Tienes que mirarme, hijo, —le reprendió Ishar con suavidad—. Nunca debes de apartar el rostro de una historia. Da miedo, pero debemos permitir que las historias nos cambien. ¿Cuál es el punto de escucharla si las rechazamos desde el principio?

Muon-Muon cerró los ojos y respiró hondo, apretando la mano de su madre. Cuando los abrió, fijó la mirada en Ishar y ella pudo apreciar la chispa en sus oscuros ojos. Iguales a los de ella.

En la cálida luz artificial, con el viento como testigo y los ancestros bajo su lengua, Ishar de los Una-Ani comenzó su historia.

I.

Los que buscan respuestas, buscan ser iluminados.

Los que dan forma a la duda son la luz.

*Del Flujo compuesto por la Primera Oradora,
recitado por Isbar de los Una-Ani*

Surcando la dorada corriente del río Lome hasta desembarcar siglos atrás, llegamos a las ínclitas puertas azules de la maravillosa ciudad de Agar, antigua joya del desierto de Xila, donde el cielo todavía gruñía bajo los pesados pasos del único Dios Verdadero y una dinastía de hombres afirmaba ser su recipiente en la tierra.

Estos hombres gobernaban Agar desde palacios tallados en piedra con paredes pintadas de vivos colores representando la gloriosa historia del pueblo elegido. Las cavernosas salas estaban llenas de imponentes estatuas de los anteriores Recipientes de Dios, destinadas a amortiguar los gemidos de las almas atrapadas de los sirvientes, aplastados por todo ese esplendor que ellos mismos habían erigido. Los Recipientes de Dios se sentaban en su trono de marfil, cubiertos de oro y piedras preciosas, que con cada generación sucesiva comenzaban a petrificarlos hasta convertirlos en hermosas estatuas incapaces de, incluso si quisieran, reunir la fuerza para levantar una mano y señalar a Su pueblo el camino del Dios Verdadero.

En esta ciudad de regia crueldad vivía la hija de uno de los Recipientes de Dios menos petrificados por la opulencia y más comprometido con su gente. Esta mujer le hizo una pregunta al Dios Verdadero y, en su respuesta, Dios y ella recibieron su

sentencia. Su nombre era Rone y ella no era aún una Oradora del Silencio, sino una Suma Sacerdotisa.

Como la hija mayor del actual Recipiente de Dios de Agar, se esperaba desde su nacimiento que se convirtiera en la Suma Sacerdotisa del Dios Verdadero en el Templo de Su Misericordia, el más grandioso templo al Dios Verdadero en toda Agar y sus ciudades tributarias.

Como heredera del cargo de Suma Sacerdotisa, Rone fue criada con el privilegio digno de su estatus, un privilegio que —entre otras cosas más superficiales— le otorgaba acceso a todas las formas de conocimiento disponibles en su región. Tenía acceso a tutores y a un sinfín de pergaminos de la Gran Biblioteca de Agar; era libre de visitar todas las ciudades tributarias de la región y solicitar copia de cualquier libro de sus pequeñas bibliotecas polvorientas. Podía convocar poetas y médicos, matemáticos y astrónomos, científicos y escultores con la misma facilidad con la que pedía queso de cabra para la merienda. No deseaba nada, ya que por virtud de su linaje tenía derecho a todo.

Pero el conocimiento no era algo que Rone simplemente coleccionara, como cuentas de ámbar alrededor de su cuello; era suyo para darle forma como arcilla fresca.

Además de su deber de officiar la ceremonia de bodas, confirmaciones de devoción y supervisar los ritos funerarios para los ciudadanos de élite de Agar, la Suma Sacerdotisa también se dedicaba a la palabra escrita. Para el Recipiente de Dios y su pueblo, escribía poemas, obras de teatro e historias que se repartían en cada hogar todas las mañanas. Celebraba

concursos mnemónicos en la plaza frente al Templo de Su Misericordia cada fin de semana laboral.

El Recipiente de Dios, su hija y su corte miraban con deleite mientras los ciudadanos recitaban palabra por palabra la interpretación de la Suma Sacerdotisa de la vida del primer Recipiente de Dios, quien descendió de los Cielos y se hizo carne para guiar a su pueblo fuera del desierto y hacia la tierra prometida. Allí levantaron la gran ciudad de Agar, después de vagar por el desierto por ochenta y ocho años. Durante todos esos años, el Dios Verdadero permaneció a su lado, inmutable, y era preciso seguir su ejemplo para cultivar una fe genuina.

Tu fe inquebrantable te sostendrá a través de todo, decían las composiciones de Rone. *Adoren al Dios Verdadero, ahora alojado en la carne de mi padre, y su recompensa será la Tierra Prometida, la tierra donde todos descansan lado a lado, como reyes.*

Pero las palabras son una herramienta de doble filo. En su jaula, no son tan peligrosas. No obstante, ningún ser vivo permanece encerrado por siempre y no hay nada más vivaz que el lenguaje. Mientras escribía y observaba a sus súbditos, a la gente que debía servir, la Suma Sacerdotisa comenzó a ser atormentada por extrañas palabras. Al principio, sólo sucedía de noche, cuando estaba a punto de dormir y su firmeza flaqueaba. Entonces, palabras que no había pretendido enunciar, sentir, comenzaban a florecer en su cabeza, brillantes como fuegos artificiales, iluminando todo aquello que ella siempre había tratado de ignorar.

Incluso al haber sido criada dentro de palacios y santuarios que rivalizaban las montañas a lo lejos, era imposible que Rone

no se enterara de la vida de la gente a la que estaba destinada a servir. Ella sabía de aquellos desgraciados que trabajaban en los campos a las afueras desde el amanecer hasta el anochecer, algunos sin siquiera haber llegado a su primera década de vida. Era gracias a ellos que gente como ella podía disfrutar de festines cuyas sobras terminaban alimentando a los cerdos.

Rone sabía de los distritos exteriores de Agar donde los hombres alquilaban sus cuerpos por comida y la gente prefería el letargo de la bebida a tener que enfrentar el hecho de que su Dios Verdadero les había dado la espalda. Éste optaba por bendecir a aquellos que ya lo tenían todo. No había manera de que ella, o cualquiera de su condición, desconociera la verdadera situación de su amada ciudad. Si las calles estaban desbordando de mierda, desde la cima podía olerse sin problemas.

Rone hizo su trabajo lo mejor que pudo. Trató de ayudar tanto como le fue posible. Estableció unidades médicas en la ciudad, tratando de convencer al Recipiente de Dios y a los otros miembros de la corte para que aumentara sus salarios y acortar las horas de trabajo, y disminuyeran la brutalidad de su trato. Fue ingenua al creer que la mano que sostiene el látigo es capaz de sanar la herida. Incluso con las migajas que regaló, la gente fuera del anillo dorado de la ciudad interior todavía se curvaba sobre sus vidas como ganchos oxidados.

Nada cambió. Rone no podía cambiar nada como Suma Sacerdotisa.

Sin embargo, quedaba alguien que estaba por encima de todos, responsable del sufrimiento y la abundancia de la ciudad, a quien podía acudir y convencer.

El Templo de Su Misericordia estaba casi vacío cuando la Suma Sacerdotisa entró. El edificio de arenisca hizo eco con sus pasos. Llegó a la cámara principal. Las hogueras ardían con el aroma embriagador de los aceites ceremoniales, mareándola un poco. Su corazón latía desbocado. Sus manos sudaban entre los pliegues de su túnica.

La Suma Sacerdotisa respiró hondo y se calmó. Su sierva más fiel se arrodilló ante la estatua del Dios Verdadero, su túnica escarlata un charco de sangre a su alrededor.

Rone miró la estatua colosal del Dios Verdadero, amenazando pinchar con su mano derecha el techo. El marfil y los detalles dorados de su túnica fulguraban bajo la luz líquida de la mañana. Era casi imposible mantener fija la mirada en su pétreo semblante. La Suma Sacerdotisa sentía que sus ojos iban a escurrirle por las mejillas.

Habla, ordenó la estatua, desafiante. *Habla*.

—Mi Señor, —comenzó Rone, su voz fuerte y firme, una contradicción a su temblorosa silueta—. Mi Señor, he realizado mi labor como es debido: he guiado a tu pueblo en el canto de tus alabanzas; he pedido día y noche por copiosas cosechas, y por las almas de tus súbditos. Empero, Tu ciudad, los siervos bajo Tu yugo, se vuelven cada vez más despiadados; aquellos que, por decreto divino, deberían de dar su vida para proteger a quienes gimen bajo sus pies, prefieren quitarles lo poco que poseen, raspar sangre de un pozo seco, antes de renunciar a los excesos amasados en Tu nombre. El cuerpo de Tu pueblo se marchita en plena lozanía; las almas de Tus elegidos se petrifican en sus troncos.

»Es con insoportable fervor en mi pecho que te pido, mi Señor, si eres todo poderoso y justo con tu pueblo: ¿podrías deshacerte para que tu pueblo sea libre?

El silencio se expandió hasta llenar cada rincón de la cámara, congelando todo en su lugar; el crepitar del fuego y el susurro de los eunucos trabajando en el templo se detuvo. Todos esperaban, temiendo incluso respirar, a que el Dios Verdadero desquitara su ira contra la Suma Sacerdotisa. Sólo pedían que Él mostrara misericordia por sus almas desafortunadas y no los fulminara con su cólera.

Pasó un segundo. Luego los segundos se convirtieron en minutos y nada sucedió. El Dios Verdadero no convirtió a la Suma Sacerdotisa en cenizas, ni siquiera reconoció haber escuchado su pregunta. El Cielo respondió en silencio y en el silencio del Cielo, por fin la duda comenzó a crecer.

Este acontecimiento se extendió entre la gente de Agar como las ondas de una piedra arrojada en una piscina. El boca a boca es generalmente la forma más rápida de viajar. Al caer la noche, incluso aquellos que vivían en los campos a las afueras de Agar habían escuchado hablar de la osada pregunta de la Suma Sacerdotisa y la respuesta del Dios Verdadero.

En el instante en que el Recipiente de Dios de Agar escuchó la noticia, supo que tenía que actuar rápido, pero con sumo cuidado. Ya había constatado esa peligrosa chispa en la mirada de su hija, pero había esperado, deseado con todas sus fuerzas —como Recipiente de Dios y como padre—, que su intento por perturbar el orden de la ciudad se desvaneciera a su debido tiempo. Deseaba que Rone regresara a disfrutar y desempeñar su cargo con divina sumisión como tantas otras antes de ella.

En eso, debía admitir, el Recipiente de Dios compartía la ingenuidad de su hija.

Al amanecer, la plaza frente al Templo de Su Misericordia estaba llena de gente venida de cada rincón de la ciudad. Murmuraban entre sí. El miedo y la anticipación hacía vibrar el aire.

El Recipiente de Dios llegó en su palanquín y encontró a su hija esperándolo. Se había deshecho de su túnica de Suma Sacerdotisa.

—Tu fe ha vacilado, hija mía, —dijo el Recipiente de Dios, su profunda voz resonando por toda la plaza. Había una nota triste y un tanto desesperada en su pesado barítono. Sabía que debía mantener un complicado equilibrio y proceder con precaución; su hija era amada y respetada en toda la ciudad.

—Sí, padre, —contestó Rone, arrodillada ante su progenitor, portando ropas oscuras. Iba vestida como una plebeya, como la gente que la rodeaba.

Elevándose frente a ella, cual pilar de mármol, la gente notó —no por primera vez— el grotesco contraste entre el Recipiente de Dios y ellos mismos, cómo todo ese oro le confería una característica que hasta entonces no habían podido enunciar con claridad; ellos morían de sed y el Recipiente de Dios y su corte se lavaban los culos en el manantial. ¿Por qué su Dios se había vuelto tan egoísta? Los presentes escucharon con atención.

—¿Te opones a Nosotros, hija, tu Dios Verdadero y Su Legítimo Recipiente en la Tierra?

—No, padre, —dijo Rone, y el Recipiente de Dios se relajó por un momento—. Oponerse a la ausencia es otorgarle mi voz. Yo no me opongo a nada.

La multitud quedó boquiabierta. El Recipiente de Dios retrocedió un par de pasos.

Con su voz desbordada de dolor y humillación, el Recipiente de Dios sentenció:

—¡Estás perdida, hija Nuestra, como Nuestro pueblo estuvo antaño! De igual forma, deberás enfrentar las pruebas del desierto y ser purificada de este demonio que te ha poseído; el demonio de la soberbia. Entrégate al vacío de la arena, sola, sin ayuda. Deja que la soledad limpie tu cabeza de toda corrupción. No regreses hasta que el Dios Verdadero te haya guiado de nuevo a casa. No regreses hasta no recordar la forma inmutable de Dios.

La Suma Sacerdotisa se puso de pie. Sin una palabra más ni una mirada atrás Rone, la Suma Sacerdotisa de la majestuosa ciudad de Agar, dejó su hogar con sólo su ropa y su nombre sobre los hombros para adentrarse en el desierto.

II.

Un dios justo, un dios vengativo, un dios amoroso,
Todos hablan con una lengua humana.
El solitario mesquite, la serpiente en la arena, la araña en su red,
ellos hablan a través del murmullo del río, sin límites, ¡sin
límites!

*Del Flujo compuesto por la Primera Oradora,
recitado por Isbar de los Una-Ani*

Comprometida con ser una hija obediente hasta el final, Rone jamás volvió a cruzar las puertas azules de Agar. El Recipiente de Dios murió sin saber qué había sido de su hija, creyendo hasta su último aliento que había sido devorada por el implacable desierto. Las ciudades tributarias de Agar recibieron la orden de no ayudar a Rone en caso de que se presentara llamando a sus puertas. Eso quería decir que debía alejarse del Río Kila y probar su suerte entre las dunas. Era una exiliada como cualquier otra.

El Recipiente de Dios quedó tan desconsolado después de la desaparición de su hija que muchos atribuyeron este hecho a su declive. Murió al poco tiempo, sucediéndolo su hijo mayor, recibiendo al Dios Verdadero en su cuerpo. Su media hermana ocupó el puesto de Suma Sacerdotisa de Agar, eliminando todo registro de su predecesora. Pero, cuando una historia se cuenta es imposible que la gente olvide. Los ciudadanos de Agar recordaban a Rone, tal vez una versión un poco alterada de ella. Toda historia es una colección de sedimentos.

El viejo Recipiente de Dios había creído genuinamente que su hija experimentaría una noche a la intemperie y regresaría sollozando a su hogar, suplicando por ponerle fin a su penitencia, cantando las alabanzas al Dios Verdadero. Así, la duda que plagaba a sus súbditos sería erradicada también. Sin embargo, su hija no regresó y jamás se arrepintió, aunque algunos días estuvo a punto de hacerlo. Caminó por el desierto hasta que sus pies sangraron. Su piel se volvió agrietada como la tierra seca por el castigo del sol. Estuvo a punto de arrancarse la garganta para ya no experimentar la horrible sed que no tenía cómo saciar. El calor y el silencio interminable se volvieron su única compañía. Estaba a punto de volverse loca.

Dentro de las frías paredes de arenisca, jamás había experimentado el verdadero brío del sol; incluso en sus paseos por las calles de Agar, docenas de sirvientes seguían su palanquín con enormes parasoles y abanicos de seda para resguardar su comodidad. La indiferencia del mundo exterior, de los elementos, fue como una bofetada. Quería volver. Quería volver y suplicar a los pies del Dios Verdadero por clemencia, por amor. Deseaba escuchar el ruido de las voces humanas en lugar de aquel vacío en el que había sido arrojada. Se arrepentía, se arrepentía de haber proferido palabra alguna, aunque sabía que cada una de ellas fue cierta.

Sin embargo, Rone siguió andando, sumergiéndose más y más en el silencio e indiferencia del desierto, a veces más por inercia que por voluntad propia. Cuando no pudo seguir caminando, anduvo a gatas, y cuando las fuerzas le fallaron y ni siquiera le permitieron arrastrarse como culebra entre la arena, se

quedó echada a la sombra de formaciones rocosas y esperó a la muerte. ¿Vendría el Dios Verdadero por ella?

Fue el río Lome quien la salvó.

Delirante y sin rumbo, Rone escuchó un murmullo que la inspiró a avanzar un paso, otro más, guiando sus pies cuando la cordura por fin la abandonó. De repente, sintió algo fresco rozar sus tobillos. Bajó la mirada. Las aguas cristalinas del río Lome, hermano del Kila, resplandecían a sus pies. Rone quedó inmóvil por un largo rato, mirando sin comprender el prodigio frente a ella. Entonces, Rone gritó.

Gritó con la furia de una tormenta de arena. Gritó desde las profundidades cavernosas de ese inútil trozo de carne llena de ampollas y exhausta en que se había convertido. Gritó, llena de gratitud, inundada de alegría. Sin pensarlo, Rone se arrojó en el manso cauce del río, sin saber si tendría la fuerza suficiente para resurgir.

Y así fue.

De las aguas cristalinas del río Lome, Rone emergió como lo que era y siempre había sido: una persona, una simple mujer, medio muerta y enloquecida por la sed. Rone bebió de las aguas del Lome hasta que su panza se hinchó como la de un sapo y tuvo que vomitar en la orilla. Después de calmarse, se desprendió de sus harapos y comenzó a lavarse, tallando su piel, desenredando su cabello. De repente, sintió un peso caer de sus hombros y alejarse con la corriente del río. No había sido consciente de que todavía cargaba con Su cadáver hasta que Lo vio alejarse de regreso a las puertas azules de Agar. Los cielos sobre la cabeza de Rone quedaron en silencio, sin rastro alguno de Sus pasos.

Rone siguió la corriente del Lome hasta encontrar una cueva que adoptó como su nuevo hogar y se dio a la tarea de construir una vida bajo el silencio de los cielos.

No tenía otra opción. No había nada ni nadie a su alrededor, ni dentro de ella. Perder al Dios Verdadero fue como perder el suelo bajo sus pies; la razón por la que ella sabía, sin duda alguna, que su pie izquierdo seguiría al derecho, que la luna seguiría al sol, se había ido para siempre. Al principio, la incertidumbre de vivir sin depender de un Dios Verdadero la paralizó por completo. Su mente quedó atrapada en un eterno juego de *¿qué tal si esto, eso o aquello llegará a suceder?* Y Rone ya no tenía forma alguna de protegerse de la probabilidad; desprovista de la protección de todo ritual, parecía imposible garantizar un resultado positivo en cada acción que emprendía. No tenía sentido rezar, ya que nadie escucharía sus plegarias.

Pero, pronto, Rone se dio cuenta de dos verdades irrefutables: si no se movía, nadie proveería por ella; si ella se negaba a pensar, nadie lo haría en su lugar. Así que Rone comenzó a dar pasos vacilantes fuera de su cueva, dejándose guiar por el hambre y la desesperación, intentando mantenerse con vida, aunque apenas lograra conseguirlo.

Mientras repasaba la monótona rutina de la supervivencia, comenzó a darse cuenta de que, cuando era indispensable, su instinto tomaba el relevo y la guiaba con o sin un Dios sobre su cabeza. Había algo dentro de ella, una pasión, una verdad, que proveía de significado a sus acciones por virtud de ser, no por decreto de algún ser superior. Rone comenzó a profundizar en ese espacio, en su propia mente, casi de forma involuntaria. El desierto era silencioso y aburrido. Comenzó a explorar ese

silencio que su dios había dejado. Dentro se encontró a ella misma y se dio a la tarea de conocerse por primera vez sin intermediarios.

Empezó a estudiar su reflejo en el Lome cuando pescaba. Se descubría en el eco de su voz dentro de la cueva. Se familiarizó con la suave sensación de los vellos de sus piernas bajo sus manos, como diminutos trozos de hierba. Descubrió una nueva forma de habitarse en la que la potencia de su voz, la fuerza de sus manos, el poder de sus piernas, la virtud de sus ojos no emanaba de la devoción que tributaban a algún otro, sino de la supervivencia que le permitían a ella misma.

Al tiempo, Rone comenzó a escuchar lo que la tierra, el desierto a su alrededor, tenía para ofrecer. Aprendió que plantas alrededor del Lome eran comestibles, cuáles la harían enfermar, y, afortunadamente, nunca tuvo que descubrir cuáles la matarían. Descubrió en ella un talento innato para pescar y cazar las pequeñas criaturas del desierto, gracias a sus silentes pies y su don por permanecer inmóvil por horas.

Rone disfrutaba pasar largos ratos sentada sobre una roca a la orilla del Lome, con una caña de bambú en mano y observando la luz del sol danzar sobre la límpida superficie del río.

El río avanzaba, murmurando suavemente día y noche, contenido en sí mismo, cada gota de su cauce, tan diminuta e insignificante, conformando una voluntad ineluctable. ¿Qué significa para un río avanzar si no tiene principio o fin? Un río no se puede deshacer, como un Dios. Siempre es y siempre será.

Rone lo observó y su mente se deslizó dentro de sus aguas, avanzó con su corriente, rozando el borde de algo no desconocido, pero sin nombre, no sin forma, pero sin límite. Ese

lugar, el flujo eterno de la vida. La vida en sí, la vida por la vida, discurriendo en su propio cauce, eterno.

La corriente del río Lome le mostró el Camino. Rone, perfectamente quieta, se dejó arrastrar, avanzando sin moverse, resurgiendo hasta lo más profundo de su ser.

En la ahora dulce soledad del desierto, Rone compuso poemas de nuevo, pero se negó a escribirlos. Era inconcebible volver a imponerle el yugo de la permanencia a eso que debe fluir, cambiar. Confió sus palabras al viento, sabiendo que protegería su canción añadiéndole su voz.

III.

En el silencio del cielo, escucha el murmullo del río.
¡Escucha!, la tarea más difícil.
Escucha al río avanzar hacia su fin, hacia su origen, sin
propósito, sin temor.
Y así el espíritu avanza sin origen, sin final, sin propósito y libre.
Escucha el Flujo eterno. Calla.
*Del Flujo compuesto por la Primera Oradora,
recitado por Isbar de los Una-Ani*

Otros agarestii la encontraron. Rone los vio acercarse a la ribera desde su cueva. A veces aparecían solos, otras veces en grupo. Al principio se acercó con timidez, ya que había pasado años viviendo como ermitaña en el desierto y sus habilidades para socializar se habían atrofiado. Saber quién eres en silencio es fácil; reaccionar a la presencia de los otros y seguir siendo uno mismo, eso puede parecer imposible. Yendo en contra de su juicio, Rone escogió ir a su encuentro y ayudar en lo que pudiese. Cuando la gente la vio, se postraron a sus pies en alabanza:

—Mi señora, mi señora. Suma Sacerdotisa, por favor, ¡díganos la verdadera forma de Dios!

La primera vez que esto sucedió, Rone retrocedió, horrorizada. Ya no era una sacerdotisa y no conocía la forma de ningún Dios, pero era claro que la gente arrodillada a sus pies estaba casi enloquecida por el hambre, la sed y el insoportable calor del desierto, tal como ella lo estuvo una vez.

—Déjenme ayudarles, —dijo Rone simplemente, guiando a los recién llegados dentro del río.

Bajo sus manos Rone sintió a aquellas personas desmoronarse. Sus fragmentos se alejaron río abajo. Sus manos firmes, endurecidas por los callos, proporcionaron los sólidos cimientos en los que aquellas personas —perdidas, heridas, exiliadas por castigo o voluntad— pudieron comenzar a reconstruirse.

Los recién llegados le dijeron que se llamaban a sí mismos Una-Ani, *los devorados*, porque su misión era dejar que el desierto los consumiera para unirse a la Suma Sacerdotisa exiliada de Agar. ¡Qué grandeza esperaban de ella! Quería erradicar aquellas nociones mesiánicas, pero había aprendido que a veces era mejor revelar paulatinamente una verdad.

Rone los guió paso a paso. Les habló de aquel espacio dentro de ella que había descubierto al tratar de sobrevivir en el desierto y, una gran mayoría de ellos, sabían exactamente a qué se refería, sólo necesitaban sus palabras para darle forma.

Rechazó el título de Profeta, de Sacerdotisa, de Recipiente del Silencio. Rone aseguró que, hasta el día en el que el flujo regresara al origen, ella simplemente era una escucha y oradora del silencio —la Primera Oradora.

Debido al creciente número de Una-Ani, Rone participó junto a los demás en la búsqueda de nuevas formas de organizarse, luchando por un enfoque igualitario, llano, sin jerarquías, como la corriente del Lome. Ese objetivo nunca cambió, incluso cuando la supervivencia puso a prueba todas sus buenas intenciones.

Cuando el tamaño de la comunidad aumentó considerablemente, decidieron que sería prudente poner más distancia entre ellos y Agar. Aunque los desertores fueron pocos, unos cuantos Una-Ani habían regresado a la maravillosa e impía ciudad suplicando clemencia a los pies del Dios Verdadero.

Para muchos el mundo se volvió más hostil con sólo sus cuerpos como origen y destino que bajo el talón del Dios Verdadero. No hay estabilidad en la corriente del río. Uno debe rendirse ante ella y dejarse embargar por una nueva lección cada segundo. Siempre hay algo nuevo que aprender, algo nuevo a lo cual adaptarse. Algunos Una-Ani siguen luchando con esto.

Temerosos, hubo quienes eligieron irse, con la promesa de guardar el secreto de su familia. Pero las promesas a veces sirven de advertencia. Cuando los Una-Ani dieron con el lugar perfecto río arriba, un lugar que les ofrecía el debido resguardo, construyeron la sociedad a la que llamaron Una-ani Oká, el *lugar devorado*.

Después de su traslado, cada vez menos personas fueron capaces de encontrar la comunidad. Luego, un día, dejaron de recibir forasteros. La ciudad de Agar se convirtió en un recuerdo lejano que ya comenzaba a desvanecerse. Rone trató de aferrarse a su memoria, pero el río fluye y los detalles —olores, colores, rituales y toda la gente de su juventud— comenzaron a desvanecerse con la vejez. Era un error tratar de seguir adelante sin memoria del pasado, pero la memoria tiene que multiplicarse, cambiar, para poder seguir.

Así que, por necesidad, la Primera Oradora reunió a algunas personas de confianza —a todas aquellas que quisieran hacer

de la memoria su vocación—, y compartió con ellos todos los detalles, significativos y mundanos por igual, de su vida. De igual forma, les compartió el Flujo, los poemas que compuso mientras habitaba en soledad aquella cueva del desierto de Xila. Al asumir su papel de Oradores, Rone tatuó la parte posterior de su mano izquierda con una serie de espirales delgadas. Se trataba de un simple recordatorio del Flujo interior, el Flujo eterno.

Casi un siglo después de su exilio de la majestuosa ciudad de Agar, en el silencio gris del amanecer, mientras dormía tranquilamente en su petate tejido, la Primera Oradora del Silencio, Rone, de los Una-Ani, regresó al origen.

Ishar parpadeó, las voces de los ancestros retrocediendo dentro de ella como la marea. Miró a Muon-Muon y vio que su hijo lloraba. La luz alrededor del mesquite hacía que sus lágrimas brillasen como rocío.

—Gracias, madre, —dijo Muon-Muon con voz ronca. Secó sus lágrimas y miró sus manos—. No me importa lo que digan mis hermanos: ¡el Eco no se compara a la magia de tu voz!

Ishar se rio, derramando un par de lágrimas.

—Quizás el verdadero valor del Eco se encuentra en otra parte, —dijo Ishar, sintiéndose generosa de pronto.

Si la escritura y otras tecnologías podían coexistir con sus tradiciones, también podía hacerlo el Eco. Todavía, con cierta cautela, pensaba que los Una-Ani debían tener cuidado con el uso del Eco por parte del Comité Central, mas ya no temía por la supervivencia de su vocación. Sólo bastaba mirar el fogón que ardía en los ojos de su hijo para saber que no tenía de qué preocuparse.

—¿Crees que...? —Muon-Muon aclaró su garganta. Lo intentó de nuevo: —¿Crees que yo podría hacer algo así?

—¿Como el Eco? ¿Quieres ser ingeniero, amor? —dijo Ishar, tratando de ocultar la decepción en su voz.

—No, madre, —dijo Muon-Muon riendo—. Quiero decir algo como lo que acabas de hacer. Quiero... creo que quiero añadir mi voz a la tuya, al coro de ancestros. Sí, es lo que quiero. Sé que lo quiero. Aunque...

Ishar no pudo evitarlo; atrajo a Muon-Muon y lo apretó contra su pecho. El niño se reía, su voz amortiguada por la túnica de Ishar.

—Aunque, —continuó, su cara enterrada en el pecho de madre, su aliento cosquilleándole la piel—; no sé si puedo llegar a ser tan buen Orador como tú, madre.

Ishar sonrió de nuevo, orgullosa de sí misma. Besó la parte superior de la cabeza de Muon-Muon y dijo:

—Sí, lo harás. Ten por seguro que me superarás con creces. De eso me encargo yo.

Muon-Muon la abrazó con más fuerza.

E. N. Díaz (México, 1995) es poeta y cuentista. Sus escritos han aparecido en las revistas *BULL Magazine*, *Letralia Tierra de Letras*, *The Café Irreal*, *Clarkesworld Magazine*, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Revista Casapais*, *Revista Larus*, *Strange Horizons*, *Uncanny Magazine*, *Osmosis Press*, *The Metaworker*. Ha recibido una nominación al prestigioso *Pushcart Prize* por su poema *Parteada por el Fuego/Twice-Born* publicado por *The Metaworker*. Su libro de cuentos *Armando Vallejo no tiene más que decir* obtuvo la Segunda Mención Honorífica de la segunda edición del Premio Imaginación y Futuro organizado por la MexiCona.

— — —

EPISODIO

MARTHA CAMACHO

En el interior y tras la ventana de cristal, su amiga lo esperaba inmóvil, vestida enteramente de blanco, las manos en las sujeciones de la mesa, hechas de tela reforzada. Tan pronto lo vio, en su rostro se dibujó una mueca de disgusto.

—¡Vaya! ¡Al fin llegas! —La voz se escuchó apagada tras el cristal.

Antes de que se acercara, aparecieron los tres médicos principales: Barbie, Manuel y Eduardo.

—Señor Tasman, es mejor que no se acerque demasiado. Puede hablarle desde la ventana. —Era Barbie.

—¿Es peligroso?

Manuel sonrió beatíficamente. Era el mayor de todos y el responsable de cuidar de su amiga, la escritora Beyhan Kiri, desde hacía más de veinte años.

—Cuando la internamos la primera vez, estuvo en la zona de alta seguridad. En un mes, logró que todas sus compañeras le temieran o la amaran. Podrá notar que somos cuatro siquiátras; ocurre que a uno solo de nosotros lo haría pendejo fácilmente y saldría a morir al instante. No representa un peligro para los

demás, sólo para sí misma. Podría fingir un infarto y engañar hasta a los forenses.

Fue turno de Eduardo para hablar, un militar regordete y pacífico como pocos.

—Su manía reviste muchas características, señor Tasman. Tiene epilepsia en el lóbulo frontal: una condición que durante muchos años se consideró un síntoma de posesión demoníaca, y ha llegado a sostener por lo menos unos cuatro o cinco alter egos, lo que se conocía antes como disociación o personalidad fragmentada. Por supuesto, estos se controlaron o desaparecieron gracias a la medicación, y ella misma es sumamente consciente y disciplinada.

Barbie, con todo el aspecto de una, siguió con una sonrisa:

—Todo eso es el resultado de una suma de maltratos. Ha sobrevivido a tres intentos de suicidio y a una cantidad inhumana de sabotajes, propios y ajenos. Pese a todo, sigue siendo una persona bondadosa y empática, siempre esforzándose por hacer que los demás vean lo mejor de sí mismos. Anima a quienes la rodean a descubrir su propio valor, a reconocer que están vivos y tienen todo por hacer. Su entusiasmo es contagioso, siempre presionando a los demás para que vean las posibilidades en sus vidas.

Gustavo Tasman asintió, sabía que ella estaba enferma pero no hasta qué grado.

—Muy bien, más o menos sé eso, pero ¿por qué me lo están diciendo ahora?

Manuel se atusó el bigote y lo miró con una sonrisa siniestra.

—Porque de alguna forma, esta situación le concierne ahora y sólo usted podrá resolverla.

—¿Yo? Pero, no la conozco tan bien ¿Cómo podría ayudarla?

—Hablará con ella dentro de este ambiente controlado. Si hay algún riesgo, detendremos la entrevista. La situación reviste gravedad y su amiga podría quedar ciega fácilmente si las cosas continúan así.

Él no entendió muy bien a qué riesgo se refería; no obstante, decidió que, como todos estaban molestos por el asunto —su esposa incluida—, era mejor ver de qué se trataba e intentar arreglarlo.

—Vaya a la mesa. Siéntese y deje las manos donde podamos verlas. Ella no alcanza a tocarlo ni a golpearlo, está atada de manos y pies. No la toque por ningún motivo y tenga mucha precaución con sus palabras. Sobre todo, escúchela, es muy importante, adivine qué es lo que *él* quiere y siga las instrucciones de *ella*.

Tasman accedió, desconcertado ¿Quién “él”? Hizo exactamente lo que se le pidió; entró a la habitación aislada y advirtió que la ventana de cristal parecía un espejo. Se sentó a la mesa, poniendo las palmas sobre ella, a modo de que los siquiátras afuera lo notaran.

Beyhan lo miró con verdadero rechazo y comenzó, sin dar tiempo a nada.

—Antes que otra cosa, quiero ser muy clara, ¿Estás de acuerdo?

Gustavo asintió.

Beyhan dijo:

—Muy bien; es bueno que sepas que soy lesbiana y *queer*, que no me interesas *en absoluto* y no fui yo quien te llamó, hay alguien dentro de mí que está actuando como un maldito necio

y arruinándome la vida por tu culpa. Necesito que hables con él y le digas que no estás interesado, no lo amas y debe volver al lugar de donde salió.

Él se quedó perplejo. ¿“Dentro de mí”? ¿A qué diablos se refería?

—Veré qué puedo hacer para ayudarte.

Ella lo miró a los ojos, la boca torcida en una leve sonrisa.

—Quisiera que en verdad tuvieras idea. Pero no la tienes. ¿Cuántos de mis últimos cuentos de navegación espacial leíste?

Él reflexionó: tres o cuatro.

—¿Por qué?

—Diseñé uno de los personajes basándome en ti; siempre tomo gente de la realidad para hacerlo. Otro de ellos comenzó a tomar control sobre la historia. Sabes eso. Los dos somos escritores.

Él mostró desconcierto; no veía hacia dónde se dirigía.

Beyhan tomó aire. Añadió:

—Este otro personaje se enamoró del tuyo, de una forma por demás imbécil, y comenzó a arruinar la historia. Traté de borrarlo, y entonces decidió que tú eras lo más importante de su pequeña y recién creada vida. Me hizo a un lado; se dividió y se convirtió en un alter, una sicosis magnífica, que no puedo sufrir porque no tengo tiempo para esto.

Tasman no lograba ver el punto.

—Perdón, pero no entiendo.

Ella suspiró, haciéndose de paciencia.

—Los siquiátras allá afuera te explicaron que he tenido personalidad disociada antes; hace unos años, “John” trató de matarme, en mi segundo intento de suicidio. No lo logró. Años

más tarde, apareció “J5” y aunque era totalmente inofensivo y amable, los siquiátras no quisieron darle chance. Me medicaron y desapareció. Las cosas habían ido medianamente bien en mi vida, hasta este año. Han sido meses espantosos, llenos de cosas horribles; la verdad es que no sé cómo o por qué sobreviví. ¿Hasta aquí me entiendes?

Tasman aún no comprendía muy bien; la situación era fea y prometía ponerse peor. Beyhan continuó, tratando de ser lo más clara posible:

—Voy a repetirlo; uno de mis personajes se enamoró del que hice basado en ti. Y decidió que no le bastaba y debía “salir” a la realidad a buscarlo; es decir, a buscarte. Brok, mi *surfer*, se “enamoró”, o eso cree él, de Syel Romilin, el navegante de mi nave, en el cuento.

Él sintió como si lo patearan en la cara. ¿Cómo podía ser posible? El cuento no era malo, pero cojeaba de clichés, tenía algunos errores de física. No había dado a Beyhan su opinión. No sabía bien a bien qué decir.

—¿Qué quieres que haga? No entiendo claramente, pero somos amigos; si puedo ayudarte, voy a hacerlo.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Voy a dejar que ese idiota salga y hable contigo. Te suplico que no me mires a mí; no soy yo quien está hablando ¿Lo recuerdas? ¿Al personaje?

Y sí, lo recordaba; el rubio que se había cortado las trenzas con las hojas de coral cuando Syel Romilin lo rechazaba. En la historia, claro.

—Pero, ¿qué quieres que le diga?

Entonces ella intentó alzar una mano atada por las vendas blancas y lo señaló con un dedo furioso.

—Dile la verdad; que no lo quieres, no vas a cambiar tu vida por él y no puede seguir aquí. Debe regresar de donde salió, voluntariamente, o los siquiátras le harán lo mismo que hicieron con J5. Él morirá y yo habré perdido no sólo un personaje sino cinco cuentos que aún pueden salvarse. Dile que no es un tonto y puede cambiar las cosas; puedo escribir a alguien que sí lo ame. Porque Brok está equivocado; cree que si te entrega su vida por completo, lo amarás eternamente y eso es demencial y suicida, además de irreal.

Tasman pestañeó, desorientado. ¿Qué diablos había estado pensando ella cuando lo utilizó? Pero claro, todos los escritores lo hacen; los personajes salen de alguna parte. De cualquier forma, debía saberlo; ella ya había subrayado que no sentía ninguna atracción por él. ¿Entonces? ¿No era algo subconsciente?

—Antes... antes que yo hable o haga nada, por favor explícame ¿Por qué pasó esto?

Beyhan se estremeció, involuntariamente, y sólo entonces él advirtió cuán mal se veía ella, tan cansada y ojerosa.

—Uno: no lo sé, puede haber sido el año horrible que he vivido, pero no estoy segura. Dos; escribí a Brok como un émpata y debe haber visto (a través de mí) que algo andaba mal en ti y decidió que, como yo no iba a solucionarlo, él se haría cargo. Comencé a tener ataques de llanto muy severo después de escribir que no ibas a amarlo. Luego, haciendo análisis de la historia con la IA, ésta me hizo notar que la conducta de Brok era la de un suicida en potencia. Y después alguien comenzó

a borrar partes de esos análisis de advertencia. Ahí fue cuando noté cosas raras; toda mi lista de música había cambiado y la intensidad con la que sentía era espantosa. Cuando me di cuenta, ya estaba ahí, tratando de hacerse ver con pensamientos intrusos y robándome el sueño; sólo podía soñar con él y contigo. Hablé con Eduardo, mi siquiatra de turno y, cuando revisó las historias, me trajeron aquí de inmediato. Entonces Brok “salió” y habló con ellos, todos mis médicos. Dijo que tenía tanto derecho a estar vivo como yo; Manuelito le respondió que, a diferencia mía, yo no me andaba metiendo en la vida de otras personas y él sí iba a hacerlo. Aunque nadie lo vería. A la que verían sería a mí. Quien haría el ridículo sería yo. Brok respondió que si no lo dejaban existir entonces tal vez no valía la pena que yo estuviera viva. Fue cuando te llamamos; es decir, los siquiатras te buscaron.

Tasman miró a todas partes, boquiabierto.

—Es una locura.

Ella soltó la carcajada.

—¡No me digas! Claro que lo es. Mi personaje está enamorado de ti o de lo que cree que eres. Nadie lo va a convencer más que la realidad, querido. Así que lo dejaré salir y vas a obligarlo a dejarme en paz y de paso, dejarte en paz a ti.

Él se mordió el labio, atento a lo que ocurriría a continuación; notó que la habitación estaba helada. Ella lo miró unos segundos y fue cuando comenzó el cambio.

La melanina disminuyó dramáticamente en los ojos de su amiga, y del marrón oscuro que reinaba en ellos, apareció un tono azul claro perfecto. Tasman se sintió aterrado, apretó los

puños. Habría salido corriendo pero la curiosidad lo ataba a la silla.

—¿Romí? ¿Eres tú? ¿En verdad eres tú? —La voz era por lo menos cuatro tonos más grave; se trataba de una voz perfectamente masculina—. ¡Me dijeron que vendrías, y por fin puedo verte como eres! Beyhan no te escribió bien, jamás lo hace. Siempre olvida algo, siempre deja huecos. Pero ahora te veo, y eres... completo, eres tan bello.

Lucía absolutamente feliz.

Tasman tomó aire y recordó para qué estaba ahí: para deshacerse de un personaje.

—Hola, Brok. Yo... Yo siento decepcionarte. No soy Romilin. Él sólo es parte de un cuento. Él no soy yo.

Brok sonrió; era su rasgo más notorio. Y sus ojos. El perfil en sus labios también había cambiado.

—No, te equivocas. Estás frente a mí y esto es la realidad. Y te amo, lo sabes, ¿verdad? Te amo *tanto*.

Él se aterró por la sinceridad, por la intensidad con la que había hablado y cómo estiraba una de sus manos para tratar de tocarlo. La forma en la que lo miraba, con alivio de hallarlo y esperanza de verlo fue tangible a la vez que espantosa. Decidió tomar al toro por los cuernos y sujetó sus manos entre las suyas, pese a la advertencia de Manuel. Y ahí se llevó otra sorpresa, porque ella no podía ser tan fuerte, ni sus manos tan callosas.

—Escúchame bien, Brok; estás imaginando todo. Yo... yo no puedo ser la persona que dices que amas. Beyhan usó mi perfil físico para crear a Romilin. Y también lo hizo por molestarme, porque le encanta hacer eso, burlarse de todos nosotros. Pero no soy *Syel Romilin*.

—¡Pero puedes serlo!

Tasman no sabía cómo proseguir; nadie le había dado un guión. ‘Somos escritores’. Bueno, tendría que inventarse algo y en tanto, Brok continuó:

—Puedes serlo, Romi; puedes dejar tu vida atrás y yo la dejaré a ella sin control de su cuerpo; podremos quedarnos juntos por siempre ¿No es fantástico eso?

Él negó con la cabeza, planeando cómo cambiar las cosas.

—Exacto. Es una fantasía y, como tú mismo dijiste, esto es la realidad, Brok. Una realidad donde tengo una esposa, una vida, mis cuentos y libros. Ni siquiera soy gay; Beyhan tiene sus propias historias, sus motos, su hija y su amor al mar. Tú cabes en la realidad sobre el texto, ¡y lo haces muy bien! ¿Por qué no seguir así?

Brok lo miró como un creyente que por fin se encuentra con su dios, sin dejar de sonreír, embelesado.

—¿Sabes? Estaba conforme con eso hasta que te vi; no fue voluntario, en verdad. —Miró el escritorio y las manos de ambos, unidas—. Me di cuenta de que eras real y no un cúmulo de palabras. Y yo podía salir, si me esforzaba. Además ¿qué mayor prueba de amor que convertir algo fantástico en una realidad tangible? Así que aquí estoy. Soy tan feliz de verte y tocarte. En cuanto rompa estas cosas—señaló las vendas—, voy a besarte y no podrás negarte a mí ¿Has visto lo que hice? Alteré su cuerpo y, si insisto, cambiaré su forma física. Me convertiré en algo real, en alguien que podrás amar y tocar. En alguien que no podrás dejar ni evitar amar.

Entonces, Tasman comprendió la locura del personaje; tal y como su amiga lo había escrito, tal como Brok mismo había

terminado de escribirse: era un obseso que pensaba que, por el sólo hecho de amar a alguien debería ser correspondido en la misma medida: típico de un personaje aún sin desarrollo. Soltó sus manos y las devolvió a su lado de la mesa. Tuvo que hacerse de valor para formular sus siguientes palabras. No quería herir a Brok, es decir, al alter.

Gustavo añadió con firmeza:

—No cambies por otros, Brok. Y menos por mí, yo tengo una vida y no cabes en ella; yo no te amo. No te amo y no voy a hacerlo. Sin importar qué hagas o cuánto cambies o si le quitas el cuerpo a ella, lo único que lograrás será dañar a Beyhan. La encerrarán aquí, tal vez de por vida y a ti con ella. No la dejarán escribir. Ni siquiera así podrás tocar la realidad de nuevo. Estás metiéndote en líos y a ella contigo; hay mucho que puedes hacer, al lado de Beyhan.

Brok lo miró con los ojos encendidos, como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Cómo? ¿Escribiendo? —Soltó una risa amarga y seca—. Nadie la lee. Ella escribe para ser leída cuando haya muerto. ¡Yo no le importo! Soy sólo otro nombre en sus páginas y, ¿sabes algo? Ella no me importa. Me da igual si desaparece. Con que estés tú, ella sobra.

Tasman sintió un nudo en el estómago. Las palabras eran crueles, pero también tristes, cargadas de una inocencia ciega.

Escuchó el claro crujido de un hueso. La mandíbula de Beyhan se deformaba. Ya no era el rostro redondo de su amiga, sino uno lleno de ángulos. El cabello de Brok —¿de Beyhan?— comenzó a aclararse, a alargarse y trenzarse sobre sí mismo.

—¡Pero no voy a estar contigo, carajo! —exclamó Tasman, su voz se quebró, más dura de lo que quería. Se obligó a calmarse; Brok no era su enemigo, aunque en ese momento lo sintiera como uno—. ¿No entiendes? ¡No es así como funcionan las cosas, Brok! ¿De verdad crees que basta con aparecer y decirle a alguien que lo amas para que todo se arregle? —Su garganta se contrajo, luego continuó—: Si quieres vivir en la realidad, más vale que entiendas que es dura, fea y aburrida. Nada se gana sin pelear, incluso con las personas que amas. *Especialmente con ellas*. No hay atajos. Tienes que demostrar tu valía. Cada día.

Las manos de Tasman temblaban. Las apoyó en la mesa para anclarse.

—Ella puede escribirte el amor que imaginas, pero yo no puedo dártelo. No quiero hacerlo. No te amo, Brok, y *nunca* lo haré.

Brok parpadeó, mas el azul de sus ojos se oscureció, furioso. Iba a responder. Siempre lo hacía.

—Y ¿sabes algo más? —interrumpió Tasman—. Tal vez por eso ella escribió así a Syel Romilin. Porque sabía que él no era capaz de amarte. Igual que tú no puedes forzarme a mí. Si Romilin quiere tu amor, tendrá que elegirlo por sí mismo, crecer por sí mismo. Y hasta entonces, tal vez, será digno de ti. Pero no antes.

Brok retrocedió enderezando su espalda, como golpeado; parecía haber crecido al menos veinte centímetros. Su expresión cambió; se asemejaba a la de un niño, confundido, herido. Pero luego, sus ojos volvieron a encenderse.

—No entiendes nada... estoy arriba —dijo, y su voz sonaba rota. Tasman advirtió un hilo de sangre en su nariz: una gota

perfecta y roja en dirección al labio, hasta caer en la mesa, en silencio, en señal de derrota—. Lo único que me queda es devolvarte eso que siempre ha sido tuyo.

Alzó la mano ejerciendo un esfuerzo terrible contra las sujeciones. Una mano cuadrada, enorme y masculina y se arrancó un mechón de cabello rubio trenzado. Lo arrojó hacia Tasman. Dio ‘media vuelta’ y desapareció entre las sombras, como un fantasma extraño a la realidad.

Tasman se quedó allí, jadeando, luchando contra las lágrimas. Había ganado la discusión; no obstante, el vacío que quedó en el aire le hizo preguntarse si realmente se trataba de una victoria.

Sólo perdiste, imbécil. Me perdiste.

La voz hizo eco dentro de él; su azoro fue interrumpido por el ruido de los médicos y enfermeras, alcanzó a reaccionar y recogió el trozo de trenza, aún de tono rubio claro. Real, tangible; lo guardó en su chaqueta.

Beyhan yacía inconsciente sobre la mesa, el corto cabello oscuro desordenado, la mejilla sobre un charco rojo. Era obvio que los huesos de su nariz y su mandíbula estaban quebrados, los labios de color púrpura habían recuperado su forma y sus ojos miraban a la nada. Eran marrones, casi negros.

Manuel se adelantó.

—Puede irse, Tasman. No creo que lo necesitemos más, de momento.

Éste temblaba, incontrolable.

Entró otro médico y, antes de que el escritor reaccionase, le clavó una jeringa en el cuello. El siquiatra sonrió.

—¿Gus Tasman? Soy Edilberto, otro del equipo. Me dicen El Sarraceno. No se asuste, le puse un calmante; le va a hacer

bien. Estos encuentros con un alter suelen ser terribles, más cuando provienen de escritores de la especie de ustedes. Ciencia ficción y horror, ¿verdad? Tsk. Váyase a dormir. Bey va a tardar en despertarse y seguro tenemos que llevarla a cirugía. —Negó con la cabeza, preocupado—. Este chico rubio le rompió demasiados huesos. Al menos usted logró que se fuera...

Tasman no supo cómo llegó a su casa, el alter de Beyhan no se apartaba un momento de su mente. Las palabras de despedida, la mirada encendida de dolor y el mechón de cabello en su chaqueta parecían latir con vida propia, como si fueran testigos de una verdad que había llegado demasiado tarde.

Mientras se quitaba los zapatos, los pensamientos lo golpearon de lleno. *Carajo, carajo, carajo*. No, aquello era ridículo. Brok se había arrancado la trenza de cabello, un sacrificio desesperado para devolverle algo que siempre había sido suyo: él mismo.

"¿Tanto me amabas?", pensó Tasman, la respuesta en su mano lo asfixió más de lo que cualquiera podría entender.

Lo que había dicho antes resonaba hueco. No era cierto que hubiera ganado nada. Lo había perdido todo. Brok había desaparecido en las sombras, llevándose con él la posibilidad de algo que Tasman ahora sabía imposible de igualar.

Cuando entró al departamento, María lo estaba esperando en la sala. Apenas lo vio, se levantó para abrazarlo con fuerza. Tasman respondió al abrazo cual náufrago aferrándose a un madero. Su cuerpo temblaba todavía, pero esta vez no se resistió a las lágrimas.

—¡Hey, Gustavo! ¡Me romperás un hueso! ¿Qué pasó, mi vida? ¿Cómo siguió Bey?

Tasman negó con la cabeza, incapaz de hablar al principio. Su voz salió rasposa.

—Ya está... mejor, creo.

María lo miró con preocupación, mas él apartó la mirada. Necesitaba alejarse del vacío que lo devoraba.

—¿Qué tal si me cuentas tu día?

Ella esbozó una sonrisa, su calidez llenando el aire como un bálsamo. Y mientras María hablaba, Tasman intentó aferrarse a su voz, a su realidad, a cualquier cosa que lo anclara al mundo que Brok había dejado atrás.

—Tuve problemas con uno de los chicos; no lograba entender el asunto de cuatro dimensiones hasta que le dibujé un tesseracto. También le expliqué que vivimos dentro de esas cuatro, pero que sólo vemos tres y la cuarta está ‘arriba’ y entonces...

Tasman sintió como si el peso completo de la Tierra le cayera encima. Comenzó a jadear. Ni siquiera terminó de escuchar a su esposa.

Arriba. Estoy arriba, no entiendes nada, Romi. Nunca entendiste nada.

El cambio repentino en su esposo preocupó a María.

—¿Gustavo, qué te pasa? ¿Estás bien?

Tasman saltó; sus manos temblaban.

—Recordé una idea. ¡Tengo que escribirla!

María lo besó en los labios, negando con la cabeza.

—Ay, estos escritores; todavía no pones un pie en casa y ya tienes mil ideas. Vete a tu estudio, anda. Te llamo cuando la cena esté lista, ¿va?

Tasman corrió a su estudio y se encerró a toda prisa; abrió con cuidado el bolsillo de su chaqueta, tomó el trozo de trenza. Cerró los ojos con fuerza, luchando contra el peso que lo aplastaba. Podía sentirlo, como si el Universo mismo lo observase desde "arriba", cada una de sus decisiones brillando con el dolor de una estrella colapsando. El mechón de trenza estaba en su mano, cálido, imposible. Lo acercó a sus labios y lo besó, temblando, como si al hacerlo pudiera devolverle a Brok, aunque fuera un instante.

Soportó la ola de dolor y encendió el ordenador, buscando los cuentos que Beyhan le había mandado a corregir. Tenía mucha historia que cambiar, y para ello tendría que comenzar, precisamente, por arriba, desde el principio.

La culpa lo desgarraba; María, su María, estaba en la cocina, tarareando una canción. Real. Sólida. Pero no podía evitarlo. Había algo en Brok, en la intensidad inhumana de su amor, que sugería algo inaudito: nunca sería suficiente. Ni para María, ni para nadie, ni siquiera para él.

Miró el ordenador, la pantalla parpadeando como una invitación al abismo. Lo supo entonces, con una claridad que casi lo asfixió: no había marcha atrás. Había traicionado a Brok, a María, y a su propio ser. Pero quizás... quizás podía enmendarlo.

Corrió los dedos por las teclas, todavía aferrando la trenza como un talismán. Respiró hondo, el pecho comprimido por una mezcla de pena y esperanza absurda.

"Brok miró a Romili, y por primera vez, el universo no se sintió tan grande. Ni tan sólo. Y el navegante lo supo, porque siempre lo había sabido: amaba a Brok. Desde el principio lo había amado."

Tasman se detuvo, conteniendo el llanto y la angustia. No sería su historia, no podría ser su final, pero podía escribirlo. Crear un lugar donde todo lo imposible tuviera sentido.

"Tomó a Brok de la mano, la incertidumbre aún reflejada en su rostro, bello pero vulnerable, como si el miedo fuera a destruirlo. ¿Cómo había tenido el valor de echarlo? ¿Cómo había sido tan torpe? Besó sus dedos con suavidad, observando cómo el temor se desvanecía, dejando paso a una certeza que no podía comprender del todo. Ya podían caminar juntos, aunque la verdad fuera borrosa, aunque los límites entre lo posible y lo imposible se disolvieran a cada paso. No importaba qué era cierto o qué no lo era; sólo importaba que estaban allí, juntos".

Guardó el archivo y cerró los ojos, el peso en su pecho aligerándose apenas. Podía respirar. Brok estaba 'arriba', donde nunca podría volver.

No era la mejor opción, pero era lo único que quedaba para Tasman. Al menos allí, en ese 'arriba', todo encajaría en su lugar: Romi y Brok juntos, y él, sólo. Había hecho lo correcto: corregir el rumbo del universo mismo. Con el corazón roto, aunque en paz, se secó el llanto con manos temblorosas. En ese momento, María lo llamó; era hora de cenar.

(Epílogo, tal vez.)

Así como nunca supo de qué manera logró volver a casa, Gustavo Tasman tampoco se dio cuenta de cómo había llegado al hospital, atravesando la enorme sala de espera y los ventanales de cristal gris, hasta llegar a la habitación de Beyhan.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Tasman se atragantó. Bey había respondido con dificultad, todo el borde de su rostro cubierto de yeso, así como el puente de la nariz. Uno de sus ojos tenía la esclerótica inundada en sangre. El párpado inferior del lado opuesto estaba hinchado en una bolsa púrpura oscuro. Le costaba trabajo hablar.

—¿Cómo sigues?

—Ya lo estás viendo—. Bey siguió tecleando con dificultad, ambas manos vendadas. Debía estar bajo una cantidad de dolor muy intenso, mas no lo demostraba. Añadió:

—Él se fue, Gus. No hay nada que buscar en este sitio.

Tasman puso la trenza de Brok sobre la mesita.

—¿Estás segura?

Bey tocó la trenza con la punta de los dedos. Se enojó de inmediato.

—Puedes ver en qué estado me dejó ese bastardo. Y lo hizo por ti. Si estás esperando que...

—¿Lo traigas de nuevo? No. Sé que no hay forma.

No fue una pregunta, sino una afirmación.

Bey sonrió o lo intentó, pero no dijo nada. Tasman insistió:

—¿Cómo lo haces?

Ella negó con la cabeza.

—No lo creerías. Tal vez porque se necesitan ciclos Theta y Delta muy alterados, y sólo un cerebro con un campo magnético más alto los genera. Un cerebro claramente enfermo, querido.

Luego, miró a Tasman a los ojos.

—Te mueres por saber de él, ¿verdad?

Tasman no cambió su expresión. Guardó silencio. Era inútil negarlo.

Bey suspiró.

—Es horrible amar así. Resígnate.

Fue turno de él, de sonreír amargamente.

—Hago lo que puedo.

Ella lo miró y tomó la trenza rubia.

—Un día a la vez, querido. No podrás hacer otra cosa. Y estás olvidando algo.

Tasman se ajustó los anteojos. Bey miró hacia el techo.

—Está ahí, en alguna parte. Tal vez puede verte o escucharte; si te sirve de algo, está más cerca de ti que tu propia respiración, o tus ojos. No intentes llegar a él. Esfuérzate en ser digno de la vida que tienes aquí. —Señaló la trenza—. Yo me desharía de ésto. ¿Algo más?

Tasman no respondió.

—¿Cuando..?

—¿Me pasó lo mismo? —Bey intentó sonreír, la boca torcida aún—. No importa, Gus. Eso no me detuvo ni me definió. Ya no es importante. Recuerda: día a día. Y no olvides escribir, ayuda.

Le guiño un ojo muy lastimado.

Tasman dio media vuelta.

El peso de las palabras de Bey aún le retumbaba en la mente cuando se topó de frente con Edilberto, el médico.

Éste lo saludó efusivamente, la corta barba dándole el aspecto de un simpático Lucifer.

—¡Señor Tasman! Justo a quien yo buscaba. ¿Halló bien a su amiga?

—Sí, está mejor. Si me permite...

—No —interrumpió el siquiatra—, no se lo permito; usted tiene algo que no es suyo. —Y extendió la mano.

Carajo ¿Cómo lo sabía? Edilberto dijo:

—Hay cámaras por todos lados, escritor. Brok le dejó algo y no puedo permitir que se lo quede. Tasman se resistía a irse y a soltar la trenza. En ese momento, entró el jefe de enfermería.

—Doctor Edilberto.

—¿Qué pasó, Juan?

—Sólo quiero que sepa que Manuel junior ya dispuso del resto de la herencia. En unos días, ya no podremos seguir cuidando de la señora Bey ni tampoco de los otros tres pacientes.

El desconcierto en el rostro de Edilberto fue notorio. El enfermero agregó:

—Tendrá que conseguir voluntarios, doctor. Beyhan Kiri y sus tres compañeros de síndrome no utilizan un protocolo similar al de otros.

Antes de que Edilberto dijera nada, Gustavo Tasman se adelantó; simplemente no podía evitarlo.

—Yo lo haré, Sarraceno; cuidaré de Beyhan. Puedo venir por lo menos una hora diaria. —La desesperación y el ruego en su voz eran más que notorios.

Sarraceno se enderezó y sonrió con malicia. Syel Romilin no era alguien generoso porque Gustavo Tasman no era alguien generoso; y por alguna razón Bey había hecho que uno se pareciera al otro.

Era por más evidente que Tasman no iba a cuidar de su amiga por ser una buena persona, sino porque, tal vez —y sólo tal vez—, Brok volvería a manifestarse de nuevo.

¿Podía condenar Edilberto la esperanza de Tasman, pobre desgraciado, quien no tenía otra cosa ya por la cual vivir?

Negó con la cabeza. Dijo:

—Cuatro horas al día, señor Tasman. Juan le dará la lista de sus medicamentos, la vigilancia y todo lo que debe hacer mientras Bey sana de sus huesos. Y, una vez que vuelva a casa...

—La cuidaré de todas formas. Haré lo que sea necesario.

Edilberto terminó por asentir.

Una vez que Gustavo abandonó el hospital, el siquiatra se dirigió a la habitación de Bey y le mostró la trenza, poniéndola en una de las cajas de cristal.

—Es la cuarta muestra, Bey.

Ella se encogió de hombros.

—No es mi investigación. Manuel diría...

—Manuel murió. No podemos regresarlo por más que fuera una magnífica ayuda.

—Salvó mi vida.

Edilberto suspiró.

—Guardaré esto. Si hablamos de ello, nos internaran a nosotros.

Bey sonrió.

—¿Me ayudas, doctor? Desearía dormir un poco.

Edilberto le quitó la mesa de la computadora, la laptop misma y la recostó. Inyectó algo en su cuello. Salió de la habitación, con la curiosa sensación de quien se siente observado.

Junto a la cama, la sombra de las enormes botas blancas del traje de astronauta, lleno de pinturas, terminó por desvanecerse. Estaba cayendo la noche.

Martha Elisa Camacho Alcázar (Zacapu, México, 1963). Escritora con formación en Matemáticas Aplicadas, mecánica de motocicletas y repostería. Ganadora del Premio Nacional de Cuento 'Efraín Huerta' en 1990 y reconocida con diversas menciones honoríficas. Su obra ha sido publicada en múltiples revistas y antologías.

ARTE DE LA PORTADA



Tortuga, por @_yukisnail